Claremont Colleges
Scholarship @ Claremont

Pomona Faculty Publications and Research | Pomona Faculty Scholarship

1-1-2007

Confesiones de un Bicho Raro

Kenneth Baxter Wolf
Pomona College

Recommended Citation
Kenneth B. Wolf. "Confesiones de un Bicho Raro." University of Salamanca, 31 May - 1 June 2007. Address.

This Article is brought to you for free and open access by the Pomona Faculty Scholarship at Scholarship @ Claremont. It has been accepted for inclusion in Pomona Faculty Publications and Research by an authorized administrator of Scholarship @ Claremont. For more information, please contact scholarship@cuc.claremont.edu.

Confesiones de un bicho raro

Lección magistral

dada en la

Facultad de Geografía e Historia

de la

Universidad de Salamanca

(31 mayo - 1 junio, 2007)

por

Kenneth B. Wolf

John Sutton Miner Professor of History

Pomona College

(Claremont, California)

la primera parte

Te doy las gracias por tus palabras de bienvenida, José María, etc.

Me da un placer enorme estar aquí con vosotros. Veréis por lo que os digo durante estos dos días que para mí esta oportunidad no es nada menos que un sueño realizado; el fin de un cuento de hadas que, en contraste marcado con la mayor parte de los cuentos de ese género, no se prevé para nada.

Cuando me invitó dar estas conferencias, me parecía mentira. ¿Cómo podía pasar que yo fuera el destinatario de un honor así de grande? Y ¿qué tengo yo para ofrecer a vosotros que os doctoráis en la Universidad de Salamanca? Pero al leer la invitación hasta su fin, empecé a entender la lógica del profesor Mínguez. En sus propias palabras…

No se trataría de una lección magistral propiamente tal, sino de desarrollar una especie de biografía o trayectoria científica, desde que iniciaste tus estudios universitarios hasta la actualidad: dónde estudiaste, tus maestros, por qué la especialización en Historia Medieval de España y de Europa en general, cuáles son las líneas metodológicas que has seguido, cómo se han gestado tus obras. ... tu actividad docente en la actualidad, etc. … su objetivo es que los alumnos de doctorado conozcan a una persona distinta de sus profesores ordinarios, con experiencias distintas. Por eso, tu caso es paradigmático porque eres un bicho raro...

Un <*bicho raro*>, pensé yo. ¿Puede ser que José María ha sido hablando con mis hermanos? Resulta que no. Buen historiador que es, no dudó en definir sus términos. sigo citándolo: …*eres un bicho raro: un historiador americano dedicado a la historia de Europa.*

Bueno, ya lo entiendo. Y acepto el epíteto <bicho raro> confesando que, sí, es un poco extravagante dedicarme a la historia de una tierra tan lejana. Y creedme, está muy lejos de donde soy. Lejos en dos sentidos.

Primero está lejos en el sentido geográfico: No solo soy de América... soy de la costa *más allá* de América. De hecho hay más de 9000 kilómetros entre Pomona College y la Universidad de Salamanca (9,166 para ser exacto). Pero nosotros los americanos que investigamos la historia de Europa no solemos medir la distancia que nos separa de vuestros archivos en kilómetros, sino en horas; horas de vuelo. Entre el aeropuerto regional de Ontario (unos 20 minutos de mi casa) y Barajas hay entre 11 y 12 horas en el aire; bueno, *habría* entre 11 y 12 si hubiera un vuelo directo. Pero no hay vuelos directos entre la costa oeste de los EEUU y Madrid. Hay que parar, y en mi caso, volando con Delta, paro en Atlanta, que añade 2 horas más al vuelo, porque Atlanta está ubicada al sur de la línea recta entre Ontario y Barajas; más 3 o 4 horas de parada, por supuesto. Con un cambio de hora de ocho o nueve horas (depende de la temporada), aterrizo más o menos a la misma hora

en que despegué el día anterior más tres horas. Es fatal. Además hay que tener presente que el número absoluto de horas no significa tanto porque el tiempo es relativo, como nos dijo Einstein, y para uno que mide casi dos metros, una hora apretado en un asiento así, con el chaval delante de mí insistiendo en reclinarse, pues, vale tres. Sin falta, en medio del vuelo, me encuentro preguntándome si la <Penelope> de mis investigaciones vale una <odisea> así de interminable e incómoda.

Segundo está lejos en el sentido cultural: soy de América. Y América no solo es otro país, sino—según Vicente Verdú--otro planeta. Se trata, en primer lugar, del idioma. El inglés no sirve para entender la historia de Europa, fuera de unas islitas al noroeste (¡hablando de otros planetas!). Y además de la lengua, hay diferencias culturales que puede dejar a un americano completamente despistado, como vais a ver más adelante cuando hable de mis primeras experiencias en vuestro país hace 25 años.

Pero qué más da? No hay otro remedio para los americanos enganchados a la historia de Europa que aceptar el reto de distancia, tragar saliva, y tender cualquier puente que podamos. Santas pascuas.

Pero aunque nosotros <bichos raros> seamos distintos en tener que enfrentarnos con los desafíos de la distancia geográfica y cultural, somos vuestros pares en cuanto a la distancia *temporal*. Mirad: cada uno de vosotros, habitantes del presente, al borde del futuro, tiene que hacer su propio viaje para visitar el pasado. El autor inglés, Leslie Poles Hartley, lo capturó bien cuando escribió que “el pasado es un país extranjero; allí se hace todo de otra manera.” Lo que une la cofradía de historiadores de Europa, tanto los que son de Europa como los que son de América, es que somos todos viajeros recorriendo distancias enormes, si no en avión, por lo menos en máquina de tiempo; viajeros intentando visitar culturas no solo distintas pero casi perdidas, culturas perdidas que nos han dejado solo vestigios, unas ollas rotas, pedacitos nada más, culturas que nos miran en silencio mientras intentamos reconstruirlas, riéndose entre dientes con los resultados de nuestras mejores esfuerzas.

Un desvío (el primer de muchos): cuando doy clases a Pomona College, uno de mis propósitos explícitos en cualquier asignatura es que mis estudiantes reconozcan la distancia entre ellos y, por ejemplo, Carlomagno, Alfonso VI, Ana Comnena, e Ibn Khaldun, sin mencionar toda la gente menuda que no ha dejado ni un rastro de su existencia fuera de la gotita de su sangre que aún corre por las venas de mis muchos estudiantes con ascendencia europea. Es fácil, cuando todas las fuentes que utilizamos son traducidos a inglés, para mis estudiantes olvidarse de esa distancia y convencerse que los personajes del libro son más o menos como ellos. Leyéndolos así, sin molestarse considerar las diferencias, mis estudiantes se hacen, sin querer, turistas estereotípicos, bajando del autobús solo para sacar unas fotos de la catedral y pedir una jarra de sangría en la plaza mayor antes de volver a subir e ir al monumento siguiente. Quiero que mis estudiantes se acerquen al pasado con más respeto, con respeto para la distancia entre su presente y el presente de los protagonistas del texto. Quiero que se den cuenta de que esas llamadas puertas

textuales al pasado no son puertas sino ventanas, o sea, ventanitas--ventanitas muy pequeñas y con cristales gruesos, rotos, y sucios. Hay que utilizar todos los trucos, todas las estrategias cognoscitivas y no poca creatividad aún para empezar a entender el significado de lo que se ve por ellas. Por eso os digo a vosotros lo que les digo a ellos, *mutatis mutandis*: el pasado es otro país y no hay vuelos directos para nadie; aún para vosotros que tenéis la oportunidad de pasearos por las mismas calles y campos por que pasaron Carlomagno, Alfonso, Ana Comnena, Ibn Khaldun y toda la gente que no lograba dejar ni un rastro.

Me repito: la moraleja de este prólogo es que las distancias más largas para viajar no son distancias geográficas sino temporales. Y somos todos iguales en ese sentido, atrapados en el <ahora> con ganas de ver el <antes>.

Y si me permitís, voy a seguir esta senda de lógica hasta su fin, que es decir, hasta el borde de la ilógica. Algunas veces son los de afuera, con sus ojos acostumbrados a otras luces, los que ven las cosas que para nosotros no son visibles; o por lo menos las ven desde un ángulo distinto que les da un significado nuevo. En inglés decimos que no se ve el bosque por la cantidad de árboles que contiene. Dentro del <bosque> de tantos libros escritos por tantas generaciones de historiadores europeos, el estudiante europeo puede perderse en los detalles, o si no perderse, por lo menos pasar mucho tiempo haciéndose experto en unos pocos árboles entre los miles que son. A él de afuera, se le permite por sus circunstancias entrar en el bosque pocas veces. Por eso aprende apreciar el bosque en un contexto más grande, comparándolo, por ejemplo, con otros bosques de otras partes. Y las pocas veces cuando puede penetrarlo, no hay tiempo suficiente para seguir todas las sendas de una manera sistemática. En cambio abre impetuosamente su propia senda, despertando las sospechas de los senderos con más experiencia que nunca pensaría en salir la senda así. No me entendáis mal. Sí, hablo en este momento de Europa y de su tradición historiográfica, pero reconozco que es una verdad universal que toca a mi mundo tanto como toca al vuestro. Quizás aún más al mío hoy en día. Si queréis entender la llamada política extranjera de los EEUU, por ejemplo, tenéis que leer el *NY Times* pero no a la exclusión de *El País* o *Le Monde* o *Al-Jazeera*. Y si quieres entender la historia de los EEUU, los estudiosos americanos son imprescindibles pero no deben olvidarse de Alexis de Toqueville y Max Weber.

De todas formas, sin más retraso, voy a seguir con la tarea que me espera: una consideración <desde adentro> de la formación académica de este <bicho raro>, género y especie, *historiadorus europaeus americanus*. Es una historia que quizás os sorprenderá, porque habla de un historiador muy mal formado que sobrevivió por los pelos y por unas intervenciones oportunas de fuerzas inexplicables.

I.

Soy de Santa Bárbara de California y me gustaría poder deciros que las semillas de mi interés en la historia de Europa se sembraron en la primaria, cuando es obligatorio para todos los californienses pequeños aprender algo de Juan Rodríguez Cabrillo y de los orígenes de la colonización española de nuestras costas. Pero no. En mi país—como la mayor parte de los países del mundo, supongo--las clases de

historia en la primaria y la secundaria son asignaturas diseñadas para hacernos buenos ciudadanos, no buenos historiadores. En dos palabras, mi primera experiencia con la historia en general no me inspiró ninguna afición por ella.

La única clase de historia en esa época que valía la pena no era de historia propiamente tal sino de literatura: <La Biblia como fuente literaria> se llamaba. Ya sabréis que los EEUU tiene, como uno de sus principios rectores, el concepto de la separación del estado y la iglesia y por eso estaba en contra de la ley dar clases de religión en los institutos públicos. Pero se permitía dar clases, por ejemplo, que usaban la Biblia como una fuente literaria o histórica o antropológica, es decir, de una manera más científica y menos teológica. Por falta de formación religiosa—yo soy de hecho el único miembro de mi familia que no fue bautizado--esa clase con la Señora Brubeck era mi salvación. Me daba por la primera vez una exposición amplia, si no muy profunda, de la Biblia entera que llevaría conmigo desde entonces y para siempre. Para lo que hago actualmente, son pocas las herramientas más útiles en mi banco de trabajo.

En otros campos fuera de la historia, sí, había ingredientes importantes proporcionados por el instituto para el cocido de mi ser intelectual, en primer lugar, el estudio de la lengua española. En esa época, no podía apreciar como me cambiaría la vida, pero de alguna manera sabía instintivamente que debía tomarlo en serio y seguir adelante, año tras año. Mirando atrás, puedo ver unas cumbres que se destacan a pesar de la calima que oculta la mayor parte de los recuerdos de esa época prehistórica (que es decir, antes de hacerme historiador):

- La primera cumbre: el Sr. Parker que me introdujo a la lengua cuando tuve 12 años y no me quitó las ganas de seguir. Al contrario, la combinación de su pasión palpable para las lenguas romances (todas ellas … aún *rumano*), sus estándares altos, y su manera afable me inspiraron.
- La segunda cumbre: el Sr. Hall que era un hincha de la música latina y que la utilizaba para darnos una manera divertida de aumentar nuestros vocabularios nacientes. Había una canción en particular que me llamó la atención, una de Roberto Carlos que se llamaba <Te agradezco, Señor> (Fíjados la separación entre la iglesia y el estado, ¿verdad?). El álbum que contiene esa canción tiene la distinción de ser el primero de mi colección de discos y CDs de la música latina que sigue creciendo. De hecho anteayer fui a <Longplay> en la Rua Mayor y compré CDs de Bebo y Cigalo, Julieta Venegas, y Orishas, entre otros.
- la tercera cumbre: el Sr. Ordaz que incluía lecciones de cocina en sus clases en plan de Jaime Escalante (si habéis visto la película con Edward James Olmos), pero mucho antes. Mi hija, que ya sigue su propia carrera universitaria, todavía pide <chilaquiles> cuando vuelve a casa, sin saber el origen de la receta. Era el mismo Sr. Ordaz que me regaló un día un libro para leer junto al libro de texto que usábamos. Ya no me acordaría nada de ese libro ni del acto de su entrega si yo no hubiera decidido, cuando vine a España por primera vez 10 años después, entrar una librería en busca de un libro de ese Miguel de Unamuno del que había oído tanto. La empleada me sugirió *Abel Sánchez*. Al llegar a medio camino de mi lectura, me ocurrió que ya sabía como saldría el cuento! Me sentí tan listo. Pero por fin, <se cayó la

moneda>, como decimos en mi país, y me di cuenta de que era el mismo libro que me había regalado el señor Ordaz. Años después leería <San Manuel Bueno, Mártir,> que todavía es mi cuento favorito en cualquier idioma. Lo asigno siempre que doy mi asignatura sobre la sociología de la santidad. Siguiendo con el tema del Unamuno, mirad donde estoy actualmente, gracias, en parte, al Señor Ordaz y su inversión profética en mi formación.

- la cuarta cumbre: Sandra Alarcón, la chica que siempre estaba sentada en frente de mí en las clases de español. Nunca supo que era en esa época el eje de mi mundo proto-sexual y que inspiraba un deseo profundo pero todavía frustrado de casarme con una hispanohablante.

Había otra experiencia que me venía bien en esa época del instituto que no se trataba de ninguna clase sino del campo de fútbol; fútbol americano. No es que fuera buen jugador. De hecho, odiaba las horas interminables de entrenamiento y la actitud militar del entrenador. De todos modos, una tarde en el otoño de 1974 vino al campo de fútbol un representante del equipo de la universidad de Harvard, buscando jugadores que quisieran matricularse y jugar en Harvard.

Un desvío: en los EEUU hay, por supuesto, equipos profesionales de todos los deportes más populares, pero también hay equipos no profesionales patrocinados por cada universidad, cuyos partidos son los focos de mucho orgullo estudiantil. Harvard nunca tenía fama de tener equipos poderosos, pero dentro de su propia liga, que contiene otras universidades así de llenos de intelectuales (como Yale, Columbia, y Princeton), no estaban mal.

Otro desvío: en los EEUU, hay universidades públicas, patrocinadas por el estado (y por eso más baratas), y hay universidades privadas (las más caras). Nunca se me ocurría ir a una universidad privada. Primero, mis padres no fueron a ninguna universidad y solo mi hermana mayor (de los tres hermanos que tengo) se hizo licenciada en vías de hacerse maestra de primaria. Mis hermanos se hicieron eléctrico y jefe de un supermercado. Segundo, mi padre se murió cuando yo tenía 16 años. Sin él, los recursos de la familia fueron muy limitados. Mi madre empezó a trabajar por primera vez en su vida: se hizo cocinera en la cafetería del instituto donde hice el bachiller. Por eso cuando yo pensaba en la uni, pensaba en la versión local: pública y barata.

De todas formas, al hablar con ese tipo de Harvard y al enterarme de un fenómeno increíble que se llama <Financial Aid> (ayuda económica) que permitía a los estudiantes sin recursos ir a las universidades privadas y más caras sin pagar, pues…. ¿Dónde firmo? Pero resulta que no era mi destino ir a Harvard. En la penúltima hora, decidí solicitar también en Stanford, otra universidad privada y cara, el <Harvard del Oeste> (aunque los de Stanford suelen llevar camisetas que dicen: <Harvard: el Stanford del este>). Un día que nunca se me olvidará--concretamente el 3 de abril de 1975--recibí un sobre grueso de Stanford que cambió mi vida.

Otro desvío: Volviendo a mi padre, se murió el 16 de junio del año 1973 a las 55 años de edad. Sufrió un paro cardiaco en una senda en la sierra del sur de California donde estuvimos con el grupo de <Boy Scouts> del que yo era miembro y él era líder. Poco después de su muerte decidí que me dedicaría a conseguir <Águila>, el rango más alto a que un <boy scout> podía alcanzar, en plan de homenaje a mi padre, cuyas circunstancias no le habían permitido subir a ese grado cuando era joven. Por fin lo logré aunque tuviera que morderme la lengua porque ya en esa época tenía poca confianza en <Dios> y <la patria>, los dos principios básicos de los <boy scouts>, a causa de esa guerra maldita en el suroeste de Asia. Bueno, al leer esa carta de Stanford, supe que me habían otorgado una <Dofflemyer scholarship>, una beca establecida por un antiguo alumno de Stanford que también había obtenido el rango de <Águila> con la meta de pagar la matrícula de los estudiantes aceptados en Stanford que habían hecho lo mismo! Qué cosa más irónica. El padre que nunca habría podido permitirse el costo de una universidad privada mientras trabajaba, lo pagó sin problema descansando en paz.

Otra bendición inesperada: la invitación de Stanford no tenía nada que ver con mis éxitos (tal como fueran) en el campo de fútbol, sino con mis logros académicos. Liberado del equipo, dejé el casco para siempre para dedicarme a una competencia más cerebral en las aulas de Palo Alto, el pueblo al sur de San Francisco donde está ubicada la Universidad de Stanford.

Las llamadas <suerte> y <casualidad> son fuerzas muy poderosas en la vida, fuerzas que he aprendido venerar, pagano que soy, bajo el nombre <serendipity>. Si hay una diosa en mi vida que merece mi devoción, es ella, como veréis.

II.

El plan original era hacerme ingeniero. Era lo que solían hacer los que habían sacado buenas notas en las clases de matemáticas en el instituto. Además, mi cuñado me había regalado el libro *la ingeniería como carrera* cuando cumplí 18, en vísperas de irme para Stanford.

Pero en mi segundo trimestre, decidí tomar una clase de religión comparativa.

Otro desvío: en las universidades estadounidenses los que se matriculan no tienen que elegir una especialidad antes de su tercer año. Lo bueno de este sistema: nos permite dedicar nuestros primeros dos años a tomar clases de todas las facultades, experimentando muchos campos antes de comprometernos, como si la universidad fuera una zapatería y cada estudiante un cliente buscando el par que le cabrían mejor. Lo malo: la superficialidad de nuestra exposición a cualquier campo entre los muchos que tocamos.

De todas maneras, resulta que esa asignatura de religión, dada por un profesor con una barba muy parecida a la que lleva Dios en todos los retratos, representó otra línea divisoria de mi vida. Cuando llegamos a la parte dedicada a las religiones clásicas de China, leyendo los libros de Chuang Tzu y Confucio, me enganchó totalmente. Era como una experiencia de conversión. De repente me di cuenta de

que era mi destino dedicarme al estudio de la religión. Pero ¿qué se hacía con una carrera así? Había muchos puestos para ingenieros, más que nada para los de Stanford, el ombligo del llamado <Valle del Silicio> donde nació el primer ordenador personal en 1976, el mismo año en que yo estaba cambiando mi rumbo académico. Pero ¿puestos para los que se dedican a la religión? Hacerme cura me parecía difícil a causa de la falta de fe. (En esa época todavía no había conocido a San Manuel Bueno, el cura ateo). A decir la verdad, creo que mi interés naciente en la religión salió efectivamente de la falta de fe en mi vida y el asombro general que yo experimentaba en cuanto al poder de la religión para dirigir las vidas de sus creyentes. Por fin decidí esperar un rato, antes de definir y declarar mis intenciones profesionales, coqueteando con <puro interés> sin comprometiéndome a ningún <resultado práctico>. Afortunadamente tenía una madre que no se metía en mis decisiones académicas, en contraste marcado con los padres de mis compañeros, padres que habían ido a la universidad y que creían que sabían mejor en cuanto a las carreras de sus hijos. A mi madre, lo único que le importaba era que yo estaba contento y que de vez en cuando le explicaría en forma escrita y clara lo que concretamente hacía. ¿Por qué? para qué ella pudiera informar a las compañeras con las que trabajaba en la cafetería. <Bueno, mi hija Linda es maestra de primaria…mi hijo Bill, eléctrico…mi hijo Rick trabaja en un supermercado…y Ken…espera…lo tengo aquí escrito….”

En cuanto al estudio del Español, pues, había muy poco durante mi licenciatura. De hecho me encontré seducido por el deseo exótico de darme al estudio de chino clásico. Pero resultaba que, en la penúltima hora antes de seguir esa senda asiática, recibí un consejo de un profesor mío, que era experto en las religiones de Japón. Él me preguntó <¿por qué quieres invertir tantos años en chino clásico, una decisión que va a aplazar tus propias investigaciones por muchos años?> Opinaba que primero debía estudiar las religiones del oeste, así que podría hacer una decisión informada, respeto a las religiones del este. Era un buen consejo. La verdad es que sí, el momento en que descubrí mi interés en la religión, estaba estudiando, por casualidad, las religiones de China y desde luego no me había desviado. Como un avestruz, me había metido la cabeza más y más profundamente en la arena del Oriente sin levantar la cabeza para echar un vistazo al Occidente.

Dio la casualidad de que ese mismo profesor se dedicaba no solo a las religiones de Japón sino a las teorías sociológicas de la religión en general. En sus clases conocí por primera vez a Max Weber y a su obra <La ética protestante y el espíritu del capitalismo>. Me fascinaba su teoría genial sobre el legado del Puritanismo de Nueva Inglaterra y como los vestigios Calvinistas había evolucionado hacia una ética seglar de <capitalismo ascético> que en torno propulsaba el desarrollo económico de los EEUU en los siglos XVIII y XIX. Weber me ayudaba apreciar el poder duradero de la religión aún en <la edad de razón>, algo que es mucho más obvio actualmente que hace 30 años, os aseguro. Aún cuando sus aspectos más visibles—su teología, sus ritos, y sus leyes--ya no llaman mucha atención, sigue influyéndonos por unas corrientes culturales muy profundas y casi invisibles. Influido por Weber, empecé a explorar las diferencias entre los católicos y los protestantes, el punto de salida de Weber mismo para las investigaciones que culminaron en su obra de maestro. Por fin, con el consejo del jefe del

departamento, decidí escribir una tesis de licenciatura sobre los efectos de la reforma protestante en la espiritualidad popular en Inglaterra, a ver si podía elucidar algo del argumento de Weber. Para llevar a cabo un proyecto así, era preciso aumentar mis habilidades lingüísticas. El primer paso: Latín.

El segundo trimestre del tercer año de mi carrera, tomé mi primera clase de Latín, una asignatura acelerada. Mi formación en español me ayudaba mucho: la estructura gramatical, inculcada durante seis años, no me decepcionó a pesar del año que había discurrido desde la última clase. Me acuerdo de que mi presencia en la clase era una fuente de frustración para el profesor--un inglés muy bajo y muy bien vestido--porque a mi no me gustaba nada participar en las lecturas en voz alta de la poesía latina en que él insistía cada semana. El concepto de vocales largas y cortas y el ritmo que ellos le daban al idioma, pues, para mí no tenía sentido y la carnicería de mis lecturas era brutal. Pero al otro lado, empezaba muy pronto a distinguirme en el campo de traducción y por eso sobrevivía y por fin aún prosperaba en la clase. Al cabo de dos trimestres, estaba traduciendo mis propios textos latinos para incluirlos en la tesis.

> Adelanto rápido: estas dos asignaturas de Latín constituirían dos terceras partes de mi entrenamiento formal con el idioma—tomé solo una clase más durante mis estudios de doctorado. Normalmente los que toman pocas clases de latín no se hacen traductores de latín como yo. Pero en mi caso, al aprender la gramática y algo del vocabulario, me comprometía a usarlo. Como un niño enseñándose a caminar, cayéndose muchas veces pero sin darse por vencido, por fin logré andar, apoyándome con un diccionario bien gastado. Hasta ahora todavía hago un poco de traducción por lo menos dos veces cada semana, normalmente con dos o tres estudiantes con ganas de doctorarse algún día.

Volviendo a la tesis de la licenciatura, cuando la entregué, estaba salpicada con traducciones originales del latín que causaban buena impresión a mis profesores. Era un estudio de la reforma inglesa enfocado no en los sucesos políticos ya bien conocidos (Enrique VIII y tal y cual) sino en los efectos de la reforma en la vida religiosa de los ingleses normales. Concretamente investigué la instrucción religiosa en Inglaterra a la nivel de las parroquias antes y después de la reforma. Con un propósito así, tenía que leer las colecciones de sermones, las guías de confesión, y todo tipo de legislación eclesiástica en cuanto a la instrucción religiosa.

Todavía tengo la hoja--bien amarilla y un poco crujiente a causa de los 28 años que tiene—que captura la reacción del jefe del departamento al borrador penúltimo de esa obra. Su comentario se divide entre la alabanza a lo que había hecho con las fuentes y la crítica a mi tendencia a usar más palabras de las que necesitaba para expresarme. En su opinión, los historiadores deben tener como modelo Hemingway en vez de Dickens. Tomé en serio sus sugerencias y la versión final perdió mucho peso--casi el 30% de sus páginas—sin perder nada de importancia. Menos mal porque en esa época, antes del uso extendido de los ordenadores personales, teníamos que escribir todo a máquina sin tecla de retroceso, cuyo invento fue la salvación de los (como yo) que nunca aprendieron a escribir a máquina utilizando más de dos dedos. Hace poco aproveché la oportunidad que me dio este reflejo

autobiográfico para leer esa tesis por la primera vez en casi 29 años, desde su entregada al fin de 1978, y tengo que admitir que estoy un poco desilusionado con el resultado. Quizás espero demasiado de mis propios estudiantes. De todos modos, leerla de nuevo me permitió reconocer *ex post facto* dos tendencias que han caracterizado mi trabajo por toda mi vida académica:

- la tendencia a dedicarme a las fuentes primarias y seguir una metodología de *explication de texte*;
- la tendencia a escribir libros cortos, con carne y hueso, pero con poca grasa.

En vías de darme a mis investigaciones sobre la reforma inglesa y aprender Latín, las preguntas sobre mi futuro—concretamente como hacerme un miembro productivo e independiente de la sociedad--se estaba contestando, más por la inercia de mis intereses que por cualquier decisión vocacional. Era algo parecido a la lógica de Tomás de Aquino en cuanto a Dios: que es más fácil establecer lo que *no* es que lo que es. Mi versión microcósmica tenía la misma lógica: con una licenciatura en el campo de la religión, era mucho más fácil identificar las cosas que *no* podía hacer profesionalmente que las que podía. En fin, mi carrera era una acera rodante propulsada hasta el doctorado por una combinación de:

- mi interés en el tema de la historia de la religión,
- un talento naciente para formar preguntas interesantes,
- la disciplina para contestar esas preguntas,
- y—más importante que nada--la falta de otra opción!

El tema de la tesis señalaba a todos en el departamento de religión que la parte comparativa de mis investigaciones se había estrechado más y más hasta que estaba comparando solo dos ramas del mismo árbol cristiano. Mi interés original en las religiones de China había languidecido por si solo la falta de atención. De todos modos, era cierto que el tema de la tesis y su metodología cabrían mejor dentro del campo de historia. Por eso, decidí solicitar a los programas doctorales de historia—la historia de Europa en la época de la reforma protestante--en vez de los de religión comparativa.

Aunque este cambio de plan fuera lógico, dado el cambio de mi foco, resultaba que era casi fatal estratégicamente por la falta de formación histórica. Yo había tomado

- una serie de tres clases introductorias sobre la historia de Europa desde el siglo XVI hasta el presente,
- un par de asignaturas sobre la historia social de Inglaterra bajo las dinastías Tudor y Stuart,
- una clase sobre la historia de Luteranismo en su contexto alemán,

…y *nada más* dentro del departamento de historia! Por eso no era obvio a los que no me conocían que yo tuviera la preparación para llevar a cabo un programa doctoral de la historia europea.

Sin embargo, propulsado por la arrogancia ciega de la juventud, envié solicitudes a ocho de los departamentos de historia más prestigiosos en los EEUU. A cada uno, le adjunté una copia de mi tesis para enseñarles que tenía el corazón de un historiador si no la formación. La primera respuesta vino de Stanford: un sobre

grueso ofreciéndome la oportunidad de matricularme totalmente gratis, aún ofreciéndome un estipendio para apoyarme durante cuatro años! Estupendo, ¿verdad? Pues, no tanto. Mirad:

- primero: en los EEUU, no es nada típico volver a la misma institución donde hiciste tu licenciatura para doctorarse; allí se llama <incesto académico>.
- segundo: siendo un producto de California, me había dado mucha ilusión imaginarme pasando unos 4 o 5 años en otra parte del país.
- tres: el que me dio la invitación a Stanford no tenía nada que ver con la reforma protestante. Era un medievalista que hasta entonces aún no había conocido.

Por estas tres razones, casi no consideré la invitación a Stanford, seguro de que la cosecha de mis ocho solicitudes sería abundante. Pero al fin y al cabo, cuando llegaron los siete otros sobres, cada más plano que el anterior, me di cuenta de que mi decisión de solicitar a Stanford--una decisión que, por segunda vez en mi vida, hice de último momento--era un salvavidas. Pura suerte u otro acto de santa Serendipity? Os lo dejo para decidir.

Lo bueno de una falta de opciones es que no hay decisiones que hacer. Volví a Palo Alto, como Colón volvió al caribe al fin de 1493: si no a una tierra totalmente desconocida, por lo menos a una parte nueva de una tierra aún no totalmente conocida. Además yo había cambiado mucho en los últimos cuatro años. No solo volví a Stanford como un proto-medievalista sino un hombre casado. La última cosa que hice en Santa Bárbara al fin del verano de 1979 antes de mudarme a Palo Alto fue casarme con una ex-compañera del instituto. ¿Sandra Alarcón? ¡Qué va! Este es una lección magistral, no un cuento de hadas.

La segunda parte

Antes os infligí con la historia de mis primeros pasos en el sentido de hacerme un historiador de Europa. Digo <en el sentido de> porque la verdad es que la licenciatura que hice en religión comparativa no me adelantó mucho. Solo me sirvió para tener más clara cual de las sendas académicas quería seguir. Pero no se debe subestimar la importancia de claridad.

I.

En seguida me di cuenta de que me esperaba mucho trabajo para ponerme al día. Lo bueno del sistema americano, en cuanto a los programas doctorales, es que normalmente no suponen que los estudiantes, viniendo de varias instituciones con mucha variación en sus asignaturas y programas, lleguen con toda la información que necesitan y por eso insisten en que todos vuelvan aprenderlo desde el principio…pero abarcándolo muy, muy de prisa. Por eso no era una desventaja insuperable traer conmigo tan poca experiencia con la historia medieval. Sin embargo esos dos primeros años eran *dificilísimos* por la cantidad de libros que tenía que leer, libros que era para mí 100 % nuevos. Nunca había experimentado asignaturas así en que el profesor nos dijera: <Bueno, cuando nos reunamos el martes vamos a discutir los libros de a, b, y c, comparándolos con los libros de d, e, f, y g.> Pero ¿qué más daba? No había otro remedio. Tenía que leer y leer. Y, para hacerlo, tenía que aprender a leer de una manera más económica. ¿Mi estrategia? Muy fácil. Enterarme, antes de abrir el libro, de qué debía buscar al leerlo.

Un desvío: Insisto en que mis estudiantes no abran los libros hasta que entiendan lo que buscan. De hecho no les asigno ninguna lectura sin darles una pregunta a la que espero una respuesta escrita, apoyada por una evidencia sacada del libro. Si, Por ejemplo, leemos selecciones de la *Ciudad de Dios* para la asignatura que doy del mediterráneo medieval, les informo de que la meta es apreciar el concepto de la ciudad o *polis* que tenía Agustín en comparación a la que tenía Platón. Lo demás (y en ese libro gigante hay *mucho* más) no les deben importar dentro de los contornos de esa asignatura concreta. Si utilizamos selecciones del mismo libro para la clase que doy de la historia social de la santidad, la pregunta que guía a nuestra lectura puede ser algo así: <qué opinaba Agustín del culto de santos y la veneración de la reliquias?> Me gusta usar la metáfora de la red que usan los pescadores: el lago es siempre igual pero lo que se saca del lago cambia según el tamaño de las aperturas de la red. Cambiando el metáfora (pero no mucho), suelo decirles, <Leer sin pregunta es como navegar sin rumbo. No llegas.>

Otro desvío: cuando tenía 9 años, las maestras de mi escuela me escogieron, junto con unos 15 estudiantes más, para un experimento pedagógico. Por tres años, iríamos para la mitad de cada día a una clase avanzada para las matemáticas, la literatura, y las ciencias sociales. En general, era una experiencia muy positiva porque incluía excursiones especiales donde lo pasábamos estupendamente. Pero en la clase de literatura, el profesor insistía en que aprendiéramos leer con más rapidez. Para medir nuestro progreso, utilizaba una máquina que se ponía por

encima del libro abierto, que le daba a la página una línea rodante cuya velocidad se controlaba. ¿El único resultado para mi? un sentido que no era buen lector, un sentido que, por fin, evolucionó en una fobia a cualquier novela grande que amenazaba con exponerme al mundo como un lector lento. Quizás hay un pleito que podría poner para recuperar algo por los daños psicológicos. Pero no soy un hombre litigioso. Además, esa experiencia me enseñó algo importante: que había virtud en la lectura lenta. El dicho español que dice <no hay mal que por bien no venga> que aprendí a traves de la canción de Gloria Estefan, tiene su homólogo en inglés que es una de mis *mantras*: <cuando la vida te da limones, haz limonada>. Y de los limones de la experiencia con ese maldita máquina de leer, salió la limonada de valorar:

- la lectura lenta, masticando las fuentes históricas igual que las vacas de Nietzsche rumiando y rumiando el mismo bocado de paja.
- los textos en otros idiomas que no se prestan a la lectura rápida; mirad, el nacimiento de un traductor.

Volviendo al tema, los primeros dos años de mi estudios doctorales no eran típicos en dos sentidos:

- Primero: yo era el único estudiante que permitieron entrar en el programa de historia medieval ese año en Stanford. Había otro que ya había estado 3 años y otra que entró dos años después de mí pero casi no los veía. En dos palabras, me sentía un hijo único sin compañeros de juegos.
- Segundo: el único catedrático de la historia medieval—un canadiense que se llamaba Gavin Langmuir, especialista de la historia de Francia e Inglaterra y él mismo que me había invitado al programa--no estaba cuando llegué para empezar el programa doctoral. De hecho tenía una excedencia larga que lo sacó de Palo Alto durante un año y medio y me privó de su influencia durante la etapa más formativa de mis estudios. En el lugar de Gavin, habían contratado con un medievalista joven, Steven Ferruolo, recién salido de la Universidad de Brown, especialista en la historia intelectual de la Francia medieval. Él se hizo mi consejero y el profesor de casi todas mis clases durante los primeros dos años. Él llevaba a cabo su cargo en cuanto a mi formación pero no con mucha energía ni inversión de si mismo, porque yo era un <estudiante de Gavin> y además él tenía mucho que hacer para ganar una plaza fija en un departamento de historia que tenía fama de comer sus propios, como decimos en inglés. Adelanto rápido: por fin no logró la permanencia. Mientras yo estaba despidiéndome de Stanford para asumir el puesto que aún ocupo en Pomona College, él estaba despidiéndose de Stanford para la facultad de derecho donde se hizo estudiante de nuevo. De todas formas, estos primeros dos años me sentía no solo un hijo solo sino un huérfano con padrastro indiferente.

Pero en esa época, por falta de exposición a otros modelos de criar a los proto-medievalistas, no sabía que esa falta de amiguillos y padres era anómala. ¿La limonada de los limones de no tener mucho consejo durante los primeros dos años de mi formación doctoral? Me hizo un ser intelectual muy independiente, casi autodidacta. Y aunque tiene sus desventajas (por ejemplo los huecos *enormes* en

mi conocimiento de la historia) lleva también sus ventajas, como veréis más adelante.

II.

Hasta este punto en mi formación doctoral, la historia de España no había jugado ningún papel. Los años del instituto dedicados a la lengua española empezaron a parecerme una desviación. Si me han dado algo de valor, era solo para ayudarme a aprender a leer dos otros idiomas románicos, francés e italiano. Era más o menos como la utilidad de un cadáver de que se sacan los órganos para trasplantarlos a otros seres vivos.

De todos modos, cuando por fin volvió Gavin Langmuir para tomar las riendas (como decimos) de mi formación, ya estaba buscando un tema para mi tesis doctoral. El campo que me parecía más prometedor era el franciscanismo, concretamente el efecto de los franciscanos en la vida religiosa de *il populo minuto* de Italia. Pensaba que la avenida más propicia para acercarlo sería por la historia de la tercera orden de los franciscanos: la rama auxiliar y laica de los frailes que les ofrecía la oportunidad participar en la orden sin sacrificar sus puestos en la sociedad seglar. Era un foco lógico dado el tema de mi tesis de licenciatura, que había tocado los orígenes de las órdenes de predicadores. Pero por fin me di cuenta de que sería imposible, con las fuentes que existían, contestar mis preguntas sobre las relaciones entre el franciscanismo y la religión popular.

Preguntándome si los franciscanos me ofrecerían por fin un tema factible, empezaba a tener un ojo abierto a otras posibilidades. Estaba en esa época preparándome para los exámenes orales que me esperaban al principio del tercer año, leyendo todo que se había caído por las grietas anchas entre las asignaturas. Un día estaba bajando la escalera de la biblioteca universitaria cuando me topé con Feruollo, el medievalista joven, y, al ver el libro grande bajo mi brazo, me preguntó:

> <¿qué lees?>
> <Pues, *La historia de la España medieval* por Joseph O'Callaghan>.
> <No pierdas el tiempo con la historia de España medieval. Nadie en el comité de evaluación va a preguntarte nada de la España medieval.>

Bueno, yo no era en esa etapa de mi vida académica tan consciente de las preconcepciones y los perjuicios de los medievalistas en los EEUU, nutridas por las de los medievalistas franceses, que habían establecido que Francia era el ombligo del mundo medieval, la parte que disfrutaba el feudalismo más paradigmático, dejando a los demás estar contentos con sus imitaciones inferiores.

Ser independiente que yo era, intentando exprimir toda la limonada de los muchos limones de mi carrera doctoral, decidí en ese momento rechazar el consejo de Ferruolo por despecho y hacer lo opuesto. En vez de leer el libro por encima, que era mi intención original, lo leí como si fuera la Biblia. Y al llegar al capítulo cuatro, la página 107, leí por la primera vez en mi vida sobre los mártires de Córdoba, unos 50 cristianos viviendo bajo la dominación musulmana a mediados del siglo IX

que fueron ejecutados por sus ofensas contra el Islam. Unos habían denunciado a Mahoma en público como si estuvieran buscando sus propias muertes. Otros eran productos de matrimonios mixtos que habían decidido—contra la ley--seguir la senda religiosa de sus madres cristianas. Un cura que se llamaba Eulogio y su amigo laico Paulo Álvaro celebraban las muertes como si fueran testigos a otro capítulo heroico en la historia eclesiástica, escribiendo tratados y martirologias en su honor. Pero leyéndolos entre líneas, se puede reconstruir otra perspectiva más callada pero a lo mejor más representativa: la de los cristianos de Córdoba que no querían que los <suicidos> cristianos enfadaran a los musulmanes y desbarataran el equilibrio que existía entre los creyentes de las dos religiones principales de Córdoba.

En ese momento, sonó una campana--quizás la de la torre de la mezquita misma, no sé. Yo había hallado el tema de mi tesis doctoral. Todavía no sabía cuanta atención los mártires ya había recogido de los historiadores modernos. Solo sabía que era un momento único en la historia, un momento lleno de posibilidades para un historiador en ciernes con interés en la historia de las religiones y seis años de la gramática española hibernando en los sesos.

Con la fecha tope visible en el horizonte—había que entregar una propuesta formal de tesis antes de los exámenes orales—trabajaba con una prisa inspirada por una combinación perfecta de presión de tiempo y ganas de saber más del tema. A penúltima hora, le entregué la propuesta a Gavin en su despacho. Aún no era consiente de este cambio abrupto de tema y yo sabía bien que él tenía el poder de hundir el proyecto, matándolo en la cuna… pero no lo hizo. Al leerlo, levantó la cabeza y dijo, con un suspiro audible: <me parece un *fait accompli*>. Sin cuestionar mis intenciones ni mis habilidades, me explicó que él no podría darme consejos sobre un tema tan alejado de su especialidad, pero conocía a alguien que podría: Robert Burns (o sea, padre Burns), el famoso medievalista jesuita de UCLA, especialista en la historia de Valencia después de su reconquista. Le mandé una carta pidiéndole su *imprimatur* y *nihil obstat* para el proyecto. Cuando lo aprobó y se ofreció a trabajar conmigo desde lejos, Langmuir me otorgó su permiso oficial. Debéis entender que no era una abdicación total de responsabilidad de parte de mi *doctor vater*. Aunque me estuviera permitiendo enfocar en una parte de Europa que no conocía, la verdad es que era (se murió hace casi dos años) uno de los historiadores más importantes en el campo de los orígenes de antisemitismo en la edad media. Él entendía por su propia experiencia la importancia de temas religiosos con implicaciones para la historia moderna y seguro que veía, en mi proyecto, una senda paralela a la que había seguido él.

La fecha de mis exámenes orales era el 13. de noviembre de 1981: *viernes el decimotercero* día de noviembre. Ya era noche y el viento y la lluvia de una tempestad inesperada azotaron a la torre de la facultad en que nos habíamos reunido. <Mala suerte>, pensaba yo, y tenía razón porque la primera pregunta, de un experto en la literatura medieval, fue sobre *Piers Plowman*, ese clásico de la literatura inglesa del siglo catorce que me había dejado roncando cada vez que lo leía. Mi respuesta no fue la más inteligente y esperaba—como un bateador esperando el próximo lanzamiento--otra pregunta que pudiera pegar con confianza.

Y vino: una sobre Abelardo y los orígenes de la universidad de Paris, para la que yo estaba más preparado. y otra, de Inocencio III y su reforma de la iglesia, que yo pudiera contestar patas arriba. Pero había también otras más difíciles y por fin, cuando cada uno de los examinadores había tenido la oportunidad de preguntarme dos veces, me parecía un empate: unas respuestas sólidas, bien construidas, capaces de resistir un huracán, y otras más frágiles, castillos de naipes, que no podrían aguantar ni una brisa leve de contradicción. Pero estaba más o menos tranquilo, sabiendo que me quedaba todavía la oportunidad presentar la propuesta de tesis. Por media hora, hablé de los mártires de Córdoba en su contexto histórico, de las teorías variadas que habían inspirado, de las fuentes existentes y lo que yo quería hacer con ellas. No había nadie en la aula que conociera mucho de la historia de España, mucho menos la de al-Andaluz, pero de alguna manera logré convencerlos de que no sería una mala inversión de mi tiempo y su dinero dejarme seguir adelante con mis planes. Salí del tribunal a una noche fresca, la tempestad ya terminada, con una sonrisa, sabiendo que ya era piloto de mi propio barco; pero también con escalofríos, ahora que estaba para navegar por mares que todavía conocía muy poco.

III.

Ahora que había sobrevivido a los exámenes, podía dar la bienvenida a la etapa más agradable de cualquier carrera doctoral: cuando, con las clases terminadas, se enfrenta con un tema nuevo, todavía lleno de savia, como un palito de regaliz recién pelado. Conseguí todos los libros que podía conseguir de las bibliotecas de Stanford y de Berkeley. Los que no tenían, los pedí por <interlibrary loan>, una sistema de préstamo de libros que conecta todas las bibliotecas universitarias del país. Las fuentes principales no eran difíciles de conseguir porque todas las bibliotecas universitarias tenían la *Patrologia Latina* cuyo tomo número 115 contenía las obras completas de Eulogio y número 121, las de Álvaro. Mientras esperaba la llegada de cada libro secundario, ya estaba sacando agua fresca del pozo de las fuentes mismas, poco a poco familiarizándome con los detalles de los llamados martirios.

Me di cuenta muy pronto de que había dos escuelas principales en cuanto a los sucesos en Córdoba en los años 850. Una—la más católica--aceptaba lo que decían Eulogio y Álvaro sin mucha crítica, como la voz verdadera de una iglesia asediada por sus enemigos musulmanes. La otra interpretaba la escritura de los dos como una forma de propaganda anti-Islámica creada por una minoría de cristianos que temían que la línea cultural que separaba a los cristianos y los musulmanes estuviera para borrarse a costa de su propia identidad. Yo veía algo de valor en ambas escuelas y no quería abrazar la una con exclusión de la otra. Aceptaba la crítica de la postura católica, avanzada por Reinhold Dozy y sus seguidores, porque era imposible leer las obras sin oír las voces calladas de los cristianos más integrados en la sociedad andaluza. Pero en vez de rechazar la polémica y apologética de Eulogio y Álvaro como mera propaganda, la estudiaba, intentando entender como los dos utilizaban sus palabras para <construir> un sentido de persecución cuando no existía y un movimiento de mártires cuando no lo había. Poco a poco la tesis tomaba forma.

Empecé con unos capítulos para dar contexto a los sucesos, el primero dedicado a la historia de la conquista musulmana y la situación general de los cristianos viviendo en Córdoba. El siguiente abarcó los martirios mismos, contándolos uno tras otro para que mis lectores conocieran los hechos sin comentario. Después de un capítulo recapitulando la historiografía ya inspirada por los mártires, llegué a la <carne> de la tesis: el estudio de la vida y escritura de Eulogio mismo, empezando con dos capítulos consecutivos dedicados a lo que podemos saber de su vida y de sus relaciones con los mártires mismos. Me extrañaba que había poca evidencia de contacto sostenido entre Eulogio y los mártires y por eso que era difícil mantener la opinión aceptada de que Eulogio era <arquitecto> de un movimiento de mártires. Esa epifanía me permitió interpretar las obras de Eulogio como un ejercicio de historia creativo, un intento de dar consistencia y significado *ex post facto* a una serie de sucesos que no se relacionaban tanto como se suponía.

Dediqué tres capítulos—el corazón de la tesis--a la apologética de Eulogio, con la meta de <deshacer las maletas> de sus escrituras a favor de los mártires. Los puntos de partida de estos capítulos eran las tres críticas concretas a las que respondió Eulogio, críticas dadas por miembros anónimos de la comunidad cristiana que no estaban a favor de las acciones dramáticas de sus correligionarios:

- Como pueden considerarse <mártires> dada la falta de milagros conectados con sus muertes y sus cuerpos?
- Como pueden considerarse <mártires> dada la falta de una persecución general como la de los romanos antes de Constantino?
- Como pueden considerarse <mártires> dado que los musulmanes, en contraste marcado con los antiguos romanos, no eran paganos; sino (y aquí cito el texto mismo) gente que <adora a Dios según su propia ley>?

Para entender mejor de donde venían estas críticas dentro de la comunidad cristiana, aproveché la edición crítica del *Pasionario hispánico* editado por Fábrega Grau. Con el, podía reconstruir las expectativas de un público cristiano nutrido por una liturgia heredada por los visigodos, es decir, las expectativas en cuanto a sus mártires y santos. En dos palabras, los santos del antiguo pasionario—como, por ejemplo, los Cordobeses Acisclo y Victoria matados bajo Diocleciano—fueron matados en plena persecución por paganos romanos y, durante sus ejecuciones prolongadas, hubo muchos milagros.

En cuanto a la acusación de que a los llamados mártires les faltaban milagros, la estrategia apologética de Eulogio no era contradecir los datos sino negar la conexión supuesta entre la santidad y la habilidad de hacer milagros. Ofreció a sus lectores tres explicaciones para la falta de milagros para desviar la atención de la calidad de los nuevos mártires:

- primero, que a la iglesia, ya bien establecida, no le hacían falta los milagros que eran necesarios para establecer la fe originalmente, un argumento viejo avanzado por muchos incluso Agustín y Gregorio;
- segundo, que en vísperas de la llegada del anticristo, los milagros se sacarán de la iglesia para que sea más fácil separar las ovejas que tienen pura fe de las cabras que insisten en más pruebas;

- tercero—y mucho más raro--que el espíritu santo había prohibido a Paulo y Timoteo predicar en Asia, un pasaje que Eulogio sacó del libro de los *Actos* (16:6) sin mucho comentario, como si fuera claro a sus lectores que una prohibición así pertenecería a los musulmanes que salieron de Arabia, la parte más suroeste de Asia. Ya sabéis que hay unos que dicen que África comienza en los Pirineos. Pero ¡¿*Asia*?!

A la alegación de que la comunidad cristiana no sufría persecución y que los llamados mártires habían buscado su muerte sin presión del gobierno, Eulogio respondió con una reinterpretación total de las circunstancias bajo las que los cristianos vivían en Córdoba. Transformó en formas de persecución todas las restricciones de los pactos de capitulación que habían gobernado las vidas de las poblaciones súbditas desde la conquista original: los impuestos que pagaban, la prohibición de las campanas, la destrucción de unas iglesias, las restricciones de contacto diario entre los cristianos y los musulmanes, aún la repentina detención de los cleros—que en realidad ocurrió en reacción a los primeros actos de blasfemia pública.

Para rebatir las críticas en cuanto a la falta de paganismo de parte de los que mataron a los mártires, Eulogio aceptó que los musulmanes adoraban al mismo Dios según su propia ley, pero rehusó utilizar esta <tierra común> entre las dos religiones para justificar la cooperación entre ellas. En cambio atacó al Islam con todo que tenía, aprovechándose de las armas viejas (pero todavía agudas) utilizadas contra las herejías famosas de la antigüedad. Se apropió la imagen del <profeta falso>, una etiqueta que Hilario de Poitiers había pegado a Ario. Esta identificación permitió a Eulogio explicar 1) las muchas semejanzas entre las dos religiones; 2) el hecho de que el Islam se originó siglos después del cristianismo; y 3) su éxito en suplantar el cristianismo en Asia, África, y en partes de Europa. También le abrió acceso a un almacén de técnicas polémicas para efectuar la transformación de Mahoma en una parodia de Cristo. Utilizando una vida corta y muy peyorativa de Mahoma que había encontrado durante un viaje al norte, Eulogio pintó un retrato oscuro del profeta diseñado para crear la repulsa en los mismos lectores cristianos que preferían ver las semejanzas entre las dos tradiciones.

Rumiando lentamente las fuentes de Eulogio, me hacía poco a poco un converso a la historia de la mentalidad, o sea, *mentalité*, dando énfasis a los <artefactos textuales> para recrear las mentes de sus autores. Igual que los jarrones u ollas desenterradas en una excavación arqueológica, cada texto del pasado divulga información sobre su <alfarero> y la cultura en que participaba. Los historiadores de la *mentalité* explotan el texto no tanto para los sucesos descritos por el autor como para la manera en que el autor los envuelve y presenta para el consumo de su público imaginado. Esta metodología me permitió sacar mucho jugo de esas fuentes y me ayudaba sostener mi interés en la tesis hasta el punto en que la entregué y más allá, durante su transformación en mi primer libro en 1988, su traducción a japonés en 1999, y su traducción a español que va a empezar este verano, gracias a las esfuerzas de una amiga-colega granadina.

IV.

Bueno, ahora que me había comprometido con la historia de España, era preciso recuperar algo del idioma. Leerlo todavía no me costaba mucho, gracias a las clases del instituto. Pero hablar, pues, era otra cosa, no solo porque había olvidado mucho, sino porque en las clases de lengua normalmente no se enseña la lengua que se usa todos los días. En busca de una oportunidad para practicar, rellené una carta para arreglar un <intercambio de idioma> por el centro internacional de Stanford, pero nadie me respondió. Tendría que esperar hasta el verano cuando estuviera por primera vez en España, donde suponía que no hubiera ninguna falta de gente con la que poder practicar.

Yo calculo que por lo menos un 85% de las decisiones que hice para llevar ese viaje a cabo fueron equivocadas. Una de las pocas buenas fue mantener un diario detallado, anotando mis impresiones cada día de esa estancia de cinco meses, desde el fin de agosto de 1982, hasta el fin de enero de 1983. Ese diario es uno de mis bienes más preciados y si hubiera un incendio en mi casa, dejaría los gatos pero no mi diario. Lo abrí por la primera vez desde no sé cuando para ayudarme con esta conferencia y aún tiene el poder llevarme por el tiempo y el espacio a nuestra llegada (la de mi mujer Mary y yo) en tren a Córdoba el penúltimo día de agosto (equivocación primera). ¡Qué calor! Teníamos una reserva en un hostal muy cerca de la estación de trenes (equivocación segunda) en la esquina de la avenida de América y la de los mozárabes, un cruce de calles que debía traerme más suerte, dada la confluencia feliz de mi origen y mi tema. Pero no. La habitación nos costó 700 pesetas, más 100 por cada ducha, pero entendimos mal y no logramos encontrar la ducha sino un baño tamaño de un tostador de pan (equivocación tercera). Fuimos a la calle, buscando un restaurante, pero era demasiado tarde para comer y demasiado temprano para cenar (equivocación cuarta) y tuvimos que conformarnos con un melón rayado comprado en una camioneta aparcada a lado de un parque, un melón que corté con mi cuchillo suizo del ejército. Pese a la cansancio de que sufríamos, no había sueño esa noche, a causa del calor incesante y el ruido del tráfico fuera de la ventana: nos parecía que todos los Cordobeses estuvieran pasando en sus coches, dándonos la bienvenida con sus bocinas toda la noche. En dos palabras (literalmente dos) ¡qué horror! La mañana siguiente, con mi mujer casi llorando y yo intentando mantener la calma mientras me castigaba en secreto por mi decisión de comprometernos a una estancia tan larga, decidimos empezar de nuevo: volvimos a hacer las maletas y fuimos andando al casco viejo de la ciudad, no sin pedir en vano el desayuno típico de California en un bar andaluz (equivocación cinco y ya dejo de contar). No es nada fácil confesaros todos esos fracasos. Siempre son las cosas vergonzosas que son las más difíciles echar de la mente y dudo todavía en abrir esa caja de Pandora de los recuerdos primeros. Pero cada parto duele, y cuando por fin salió el <niño> de mi aprecio para España, yo, como una madre radiante llevando su niño en los brazos, me di cuenta de que valía la pena de la llegada.

La comadrona de este parto era el hombre que nos saludó al pasar por la puerta de la oficina de turismo esa mañana de pura fe y esperanza que siguió a esa noche de pura duda y desesperación. Se llamaba Julio Heras…*San* Julio, nuestro ángel de la

guarda. Hubo pocos días de los 40 en total que estuvimos en Córdoba que no fuéramos a la oficina para pedirle consejo, para descargarnos de los muchos fracasos, y para celebrar nuestras pequeñas victorias. Más que nada, Julio Heras era una fuente de información: San Julio "el sabio."

- Su primer consejo: no buscar alojamiento cerca de ninguna estación de trenes o autobuses; nos sugirió tocar a la puerta del Hostal las Tendillas. Las 800 pesetas que pagaríamos cada noche en Córdoba (fuera de esa primera) incluyeron hasta las duchas (frías) y nos dieron una habitación grande, llena de luz, y más o menos tranquila, ubicada un tiro de piedra de la mezquita.
- Su segundo consejo: evitar las cafeterías con sus terrazas en las plazas cuando íbamos a cenar. En cambio, debíamos acostumbrarnos al mundo del bar. Animados por su aliento, tragamos saliva, cerramos los ojos, y cruzamos el umbral de un bar pequeño en la judería que se llamaba <Vinos S. Platero>, cuyo dueño se llamaba Paco y su hijo, Paquito. Resultaba que escogimos muy bien. Ellos nos adoptaron desde el principio, compartiendo a lo largo de las muchas visitas los secretos de todos los pinchos y tapitas: altramuces, berenjenas, calamares fritos, boquerones en vinagre, albóndigas, y tal y cual. Fue Paco que me enseño el dicho muy útil <la mancha de una mora con otra verde se quita> y todavía guardo la servilleta en que lo escribió. Y era Paco quien me preguntó si había oído una vez la historia de la monja con un cardenal en el culo, a la risa de todos los clientes Cordobeses.

Pero la bondad de Julio Heras no se limitaba a la oficina de turismo. Os doy tres ejemplos:

- Un día cuando le contamos lo que acabábamos de pagar por una ración de gambas en una cafetería, nos ordenó volver a la oficina a la hora de cerrar. Nos llevó en su coche a una gambería fuera del centro, compró una bolsa de gambas calientes y tres tercios para llevar, y nos sentamos en la calle misma, donde nos dio una lección inolvidable de comer y chupar las gambas que no se acabó hasta que se acabó el kilo de ellas. "Así se comen las gambas," dijo Julio con no poco orgullo.
- La última semana de nuestra estancia, al oír que, pese a las toneladas de boquerones en vinagre que ya había consumido al bar de Paco, todavía no había probado los boquerones <fritos>, nos invitó a cenar a su piso donde su mujer Juanita nos los preparó.
- Esa misma noche, al fin de esa cena de despida, Julio me obligó llamarle si alguna vez nos encontráramos en Málaga. Cuando, al cabo de un mes, llegamos a esa ciudad, saqué su tarjeta y le llamé. El día siguiente, vinieron Julio y Juanita en coche, invitándonos a un restaurante con terraza en la playa al lado de Torremolinos donde, según él <se come el mejor pesca'o fri'o que hay>. Esa comida fue hace 25 años y tras casi 20 viajes a España, y no me acuerdo tanto el sabor del pescado como el sabor de la bondad de nuestros primeros amigos en España.

Os he contado todo eso no para canonizar a Julio Heras. Dios ya sabe que lo merece. Os lo digo para crear el marco para otro encuentro que no salió así de

guay. Hablo de mi primer encuentro con un historiador español, es decir, el canónigo-archivero de la catedral de Córdoba.

La primera vez que intenté ir al archivo, descubrí que era un día de fiesta: el de la virgen de la Fuensanta. Por eso me quité la corbata y fuimos para festejar como todos los otros Cordobeses. La segunda y tercera vez que me puse la corbata, no logré encontrar al archivero, pero alguien me sugirió ir a misa la mañana siguiente y por fin lo vi. No se si fue el efecto de esa maldita corbata o de su falta palpable de entusiasmo al verme, pero al presentarme, me atraganté con mis propias palabras tan cuidadosamente preparadas el día anterior. Por fin logré darle una carta de presentación con el sello de mi universidad, expresando mi deseo ver el códice único que contenía las obras de Paulo Álvaro. Sin cambiar el gesto de impaciencia que llevaba en la cara, me preguntó <¿por qué? Hay ediciones del mismo texto>. Me parecía un poco irónico que un archivero, que por definición entendería el valor de los textos originales, me preguntara eso. <Y además,> siguió él, <hay historiadores españoles, uno que vive por aquí, que ya ha escrito todo que hay que escribir sobre ese tema>. Me quedé sin habla, no solo por las limitaciones de mi vocabulario sino porque no había esperado tener que defenderme. Por fin me dejó entrar en el archivo y me dio el códice…*por cinco minutos!*….antes de recogerlo y acompañarme a la puerta. El único resultado positivo de ese encuentro frío: logré conseguir el nombre y la dirección del historiador cordobés que se había mencionado. Le escribí una carta y una semana después, recibí una de Rafael Jiménez Pedrajas, invitándome al sanatorio municipal donde trabajaba de capellán. Me ponía un poco nervioso volver a hablar con otro historiador español, pero esta vez estaría preparado para defender mis intereses en temas extranjeros.

Resultaba que no tenía que hacerlo. Don Rafael me dio la bienvenida como si fuera un rey, preguntándome de mis intereses y regalándome copias de todo lo que había escrito sobre los mártires. Era una charla muy agradable y muy <entre colegas>, durante que insistía en que tuteáramos, aunque me sentía que no hubiera ganando ese privilegio. Al despedirme, Don Rafael hizo algo que nunca he olvidado: con algo de emoción, me pidió traducir al inglés las obras de su amado San Eulogio. Me explicó que si se tradujeran en inglés, San Eulogio de Córdoba disfrutaría una fama más amplia. Le dije que <sí>, algún día lo haría, y la verdad es que ahora, 25 años después, estoy intentando <limpiar el plato,> como decimos, para que pueda dedicarme a esa traducción. No hay palabras para capturar el sentimiento de descanso que me llenó en ese momento, ser aceptado por un historiador que entendía la importancia de animar y cultivar los intereses nacientes de los otros más jóvenes y mucho menos seguros.

Fuera de las muchas horas que por fin pasaría en la Biblioteca Nacional de Madrid y en la *Bibliotheque National* de Paris, no hubo nada que adelantara mi tesis más que esa conversación larga con don Rafael. No volví al archivo de la catedral para pedir más tiempo con el manuscrito. No valía la pena, dado que ya llevaba conmigo todos los escritos de Eulogio y Álvaro. Además no me apetecía para nada la idea de volver a negociar con el archivero.

Y la verdad es que no lo culpo. Cuando considero el encuentro desde su punto de vista, enfrentado con un americano de 25 años, midiendo casi dos metros, manejando torpemente la lengua, llevando una corbata mal atada, y pidiendo un códice tan precioso, lo entiendo perfectamente bien. Pero menos mal que San Julio y Don Rafael no reaccionaron igual, enfrentados con el mismo <bicho raro>.

la tercera parte

Decíamos ayer… (siempre tuve ganas de usar esa frase!)

I.

Decíamos ayer, o por lo menos sugeríamos, que aunque la meta de viajar sea conocer otros mundos, el resultado es conocerse a si mismo. De hecho conocer otros mundos nos ayuda conocernos en dos sentidos:

- Primero, cuando viajamos y nos metemos en una cultura extranjera, nos damos cuenta de los rasgos únicos de la nuestra que tendemos a dar por sentados.
- Segundo, y menos apreciado, el acto de viajar nos permite hacernos niños de nuevo, volviendo a aprender a hablar, leer, comer, y jugar, pero con la capacidad (ahora que somos mayores) de experimentar este desarrollo personal conscientemente, observándonos en vías de nuestra propia evolución.

Descubrí mucho de mi mismo durante esa primera estancia en España, esa segunda niñez, de que hablé ayer. Más que nada descubrí que a mi me gustaba más pasar tiempo en los bares que en los archivos. Al cabo de un mes de esa estancia primera, me estaba preguntando si mis investigaciones formales sobre la historia la España medieval eran una excusa para hacer mis investigaciones informales sobre la cultura popular de la España contemporánea. Menos mal que podía llevarlas a cabo con impunidad porque el coste del viaje salió de nuestros propios ahorros. Por eso mi mujer y yo nos sentimos más libres de concebir el viaje como si fuera un bufet libre del que probaríamos un poco de todo de España entre visitas a los archivos y la bibliotecas. Después de esas seis semanas en Córdoba, fuimos a Sevilla, Jerez de la Frontera, Marbella, Algeciras, Málaga, Granada, Valencia, Palma de Mallorca, Barcelona, Pamplona, Burgos, León, Santiago, y Oviedo, conectando los puntos no con lápiz sino en tren o autobús. Un desvío navideño por Francia, Bélgica, e Inglaterra, solo sirvió para darnos ganas de volver a la península. Nuestro penúltimo hecho en 1982 fue coger el tren desde Paris a Madrid, llegando la tarde de la noche vieja justo a tiempo parar dirigirnos hacía la Puerta del Sol y dar la bienvenida a 1983, tomando nuestras primeras uvas de suerte.

En vías de ver y conocer tantas ciudades y no pocos pueblos, nos hacíamos testigos de unos cambios políticos y sociales profundos que no entendíamos bien. Por todas partes veíamos el grafiti <Muerte a los golpistas de 23-F!> pintado en plazas todavía dedicadas a José Antonio. Estuvimos el 28 de Octubre, cuando ganaron los socialistas y Felipe González llegó al poder. Una semana después, fuimos para ver a Juan Pablo II con una muchedumbre impresionante, deseosa de ver el papa polaco que había sobrevivido a otra dictadura. En Madrid aún experimentamos algo de <la movida>. No, no conocimos a Almodóvar, desafortunadamente, pero escogimos una habitación en la calle Hortaleza, donde nos paseábamos entre las parejas del mismo sexo, los travestís, y los drogadictos semi-conscientes. Pero en medio de la

plena locura de Madrid, conectándola con la vida más reservada de Córdoba--como un hilo de pulsera, conectando los abalorios más extravagantes con los más tradicionales—era la cultura consecuente de los bares siempre llenos de humo, de risa, y de charlas que nunca cesaban, sin que sólo se aplazaban.

Duraron nuestros ahorros unos 5 meses en total y volvimos a los EEUU al fin de enero de 1983. Si no hubiera decidido hacer esa vueltita de tres semanas por el norte frío y caro de Europa, habríamos permanecido dos meses más. El dólar compraba muchas pesetas en esa época dorada. Y al enterarnos de los mercadillos, de los menús del día, y de esas ubicuas señales cuadradas y azules con las letras “F”, “P”, o “CH”, pues, no había límite. De todos modos, volvimos a California con muchas historias para contar, recuerdos para distribuir, y un hijo *in utero* que, como solíamos decir, fue concebido o la última noche en Madrid o en el avión; es que nos marchamos el 22 de enero y Owen nació el 21 de octubre. Sacad vuestras propias conclusiones.

II.

Palo Alto me parecía otro mundo pese a la familiaridad de la rutina de traducir, leer, y escribir. Ahora que tenía una imagen palpable de España, me sentía más conectado que nunca con el tema de la tesis, pero a la vez me sentía más crítico con mi propio ambiente y con la cultura antisocial de los <suburbs>, donde la gente no vive ni en la calle, ni en las plazas, ni en los bares, sino en sus casas particulares, en los centros comerciales, y en sus coches. En dos palabras, quería volver y decidí prepararme para la próxima visita aún sin saber su fecha. La primera tarea: mejorar mi español conversacional. Había supuesto que volvería a los EEUU con algo de fluidez, pero aunque había mejorado, la verdad es que, viajar con mi mujer anglófona me había impedido entrar y permanecer en un contexto puramente español. No estaba seguro como lo haría ahora que ya no estaba en España, pero cuando menos se esperaba, recibí una llamada de alguien que se llamaba Iñaki Goiricelaya, buscando un anglófono para participar en un intercambio de idiomas con su mujer, Amaia, una vasca hispanohablante. Resultaba que ellos habían hallado esa carta que yo había dejado en el centro internacional ya hacía un año! (Más vale tarde que nunca). Concertamos una cita y quedamos, Amaia y yo, en la cafetería universitaria. Nos llevamos muy bien, empezando una de esas conversaciones españolas que nunca cesó. Tres veces cada semana, una hora y media cada vez, por seis meses o más quedamos para tomar un cafelito en la terraza bajo los olmos, continuando la misma conversación y casi totalmente en español. Es que en realidad ella no tenía mucho interés en aprender inglés; prefería charlar y compartir su mundo con esa esponja americana con una sed insaciable de información cultural. Muy pronto los invitamos a Iñaki y Amaia a cenar y ellos <empataron> y nos hicimos todos amigos. Ellos se dedicaron a recrear la cultura vasca para nosotros y nosotros intentamos presentarles todo nuestro mundo. Al despedirse dos años después, éramos como una familia, aún más porque llevaron con ellos a un hijo recién nacido, Iker, el <primo> vasco-americano de mi hijo, Owen. Adelanto rápido: el punto culminante de su amistad vino en forma de un intercambio de <teenagers>, hace unos años, que envió Iker a California y Owen al país vasco durante veranos consecutivos. En mi opinión, no era un trato justo

porque le dio a Owen la oportunidad ver dos etapas pirenaicas del <Tour de France>, una de ellas ganada por el vasco Leiseka. Un momento inolvidable para él, sumergido en un mar de color naranja rugiendo su apoyo y festejando como si fuera el segundo advenimiento.

Mientras que yo estaba escribiendo la tesis, <los poderes que son> me dieron la oportunidad de dar una clase de mi propio diseño, una que titulé, por supuesto, <Medieval Spain> y que era (creo) la primera asignatura sobre ese tema en la historia del departamento de historia de la universidad de Stanford. Tenía solo una docena de estudiantes, pero bastante para hacerla la asignatura medieval más poblada ese trimestre, una distinción que me ganó algo de envidia de parte del medievalista joven, cuyas clases sufrían de números muy bajos. Aún guardo el programa de esa clase y ahora lo encuentro un poquito atrevido dada la penuria general de fuentes en inglés. Había bastantes historias secundarias de la España medieval escritas en inglés, pero la falta de documentos primarios en una lengua que mis estudiantes podían leer me animó a traducir por mi mismo unas cartas, fueros, bulas, y tal y cual para darles por lo menos un sabor de la materia prima de la historia medieval. Desde entonces no he dejado de traducir, fuentes cortas y fuentes largas, que me ayudarían con mis propias clases y contribuirían algo a las de los otros estudiosos de la historia de España de mi país.

Animado por esa experiencia pedagógica, solicité y gané un puesto provisional como lector para el programa de <Western Civilization> que era en esa época una de las asignaturas comunes para la licenciatura de Stanford. Normalmente los que se contrataban así tenían la responsabilidad de dar seminarios semanales con grupos de 15 o 20 de los 180 en total que iban juntos a las conferencias dadas por los catedráticos. Pero ese año, el profesor que debía dar las conferencias medievales no podía y me dejó con la responsabilidad de dar cinco de ellas. Era un reto verdadero para mí, todavía tímido cuando se trataba de ponerme en frente de mucha gente. Me acuerdo todavía de los miedos que me azotaron la noche antes de mi estreno. Había preparado resúmenes de todos los puntos importantes pero al intentar presentarlos, no salieron bien. ¿Otro cruce de calles? ¿Una señal de Dios que, después de todo, no era mi vocación hacerme profesor de historia? No sabía. Tragando saliva, salí al escenario, me puse al atril, y abrí la boca. Y de alguna manera, las palabras salieron, palabras bien escogidas, y siguieron saliendo por unos 50 minutos cuando de repente dejaron de salir porque la charla y el tiempo se habían acabado a la vez. Mientras que los estudiantes se marchaban, totalmente ajenos al significado cósmico de lo que había sucedido, me quedé agotado y no poco atónito, dándome cuenta de que no había consultado mis notas ni una vez! En ese momento decisivo, aprendí dos cosas:

- que me encantaba dar las conferencias *ex tempore* (por lo menos en inglés); que me daba un <rush> (como decimos normalmente en referencia a los efectos de las drogas) que me gustaba. Una adicción feliz.
- el significado de las líneas principias de la *Odisea* de Homero:

  > *Cuéntame, Musa, la historia del hombre de muchos senderos que anduvo errante muy mucho después de Troya sagrada asolar…*

Era exactamente así: como si las musas me hubieran tomado por 50 minutos, moviéndome los labios y tejiendo algo no solo convincente, sino más o menos elegante para el consumo de mi público. Me quedo agradecido a esas llamadas <diosas secundarias> que en realidad son primarias para todos que se encuentran enfrentados con un público que espera de ellos algo que combine la sabiduría y la gracia. Porque cuando las musas se enojan y no vienen—y de vez en cuando todavía no me vienen—dar una conferencia es como arrancar dientes. En mi opinión, <Serendipity> y <las musas>--que incluye Clio, dedicada a la historia--forman un panteón pequeño de diosas dignas de la adoración de profesores de cualquier descripción. Os recomiendo a todos los que se doctoran: encended unas velas largas para ellas.

A la vez que estaba preparando esas conferencias, terminé con el borrador segundo de la tesis y se la entregué a Langmuir para que me aconsejara en cuanto a los pasos próximos. Me sorprendió mucho cuando me llamó a su oficina para declararme: <ya está lista tu tesis.> Yo había esperado unos meses más de revisiones y correcciones, pero, bueno, no me quejé. La celebración duró poco tiempo. Sin dudar, empecé la transformación de la tesis en un libro y la búsqueda de un proyecto nuevo, algo relacionado *con* la tesis pero no sacado *de* la tesis. Los temas generales de esa obra me sugerían dos sendas de investigación para el futuro:

- Una de ellas me llevaría al campo de relaciones entre los musulmanes y los cristianos en el oeste,
- La otra, al mundo de los santos y de la sociología de la santidad.

Las dos me llamaron la atención pero decidí empezar con la primera. Los santos me esperarían.

Había varios libros sobre las percepciones que tenían los cristianos latinos sobre el Islam en la edad media, pero me parecía, al leerlos, que sus autores habían definido <Islam> de una manera demasiado restringida. Tendían a ver el Islam como una religión, que por supuesto era y es; pero era y es mucho más que una religión, tanto según sus creyentes como según los cristianos nerviosos que lo vieron dominar tres cuartos del antiguo imperio cristiano. Ver el Islam solo como una religión era limitar las primeras percepciones cristianas de Islam a las primeras referencias al profeta del Islam, a la escritura sagrada del Islam, a la teología del Islam, o a los ritos del Islam. Mejor ver el Islam como el pegamento de algo más grande, y abrir la puerta a percepciones del Islam sin contenido religioso *qua* religioso. Armado con una definición así de amplia, consulté las primeras fuentes latinas que mencionaban los árabes después de la muerte de Mahoma y casi todas hablaban de ellos como una fuerza militar que amenazaba el imperio cristiano en el este y los reinos cristianos en el oeste sin mencionar su identidad religiosa. Esas fuentes ni hablaban de <musulmanes> sino de árabes, sarracenos, Ismaelitas, y beréberes; es decir, no utilizaban puntos de referencia religiosos sino étnicos. Si esas crónicas de los siglos siete y ocho contenían temas religiosos, era solo para explotar el simbolismo bíblico del <pueblo escogido> y los <azotes> que Dios levantaría de vez en cuando para castigar a sus <hijos>. Y dar la etiqueta <azote>

a un enemigo no revelaba nada de su identidad religiosa; solo estableció que eran enemigos del <pueblo escogido>.

Bueno, me parecía razonable, leyendo las fuentes cronológicamente, que llegaría por fin a un punto histórico cuando los reportajes puramente militares y políticos cederían a otros con contenido más religioso. Y efectivamente era así. Había tres de estas fuentes de cuya existencia sabemos:

- un diálogo que se llama *La disputa de Feliz con un sarraceno*, a lo mejor escrito por el obispo Feliz de Urgel.
- un tratado, quizás de los años 820 0 830, del abad Cordobés Speraindeo que, por lo visto, era usado para enseñar a los curas refutar los puntos sobresalientes de Islam;
- una biografía anónima corta y polémica del profeta que se llama La *Historia de Mahoma*.

Desafortunadamente, la primera ya no existe fuera de una mención en una carta a Carlomagno; de la segunda, solo se quedan dos párrafos; y de la tercera, bueno, tenemos cuatro ejemplares del texto entero, pero sin indicios del autor ni del año de su composición. Resultaba que era preciso buscar un poco más adelante para encontrar las primeras fuentes latinas sobre la religión del Islam que 1) aún existieran y que 2) tuvieran contextos intactos. ¿Y las primeras que satisficieron estos dos requisitos? Los tratados apologéticos de mi viejo amigo Eulogio.

Empezaba a darme cuenta de que los contornos de cualquier percepción de Islam dependerían de un contexto histórico muy concreto. Es lógico que no se esperaría una valoración de Islam como una religión hasta el punto histórico en que la amenaza de Islam hubiera cambiado de una amenaza militar a una amenaza religiosa. Al cabo de tres o cuatro generaciones de contacto cultural entre la mayoría súbdita cristiana y la minoría dominante musulmana, era previsible que algunos de los líderes cristianos tendrían miedo de que pudieran perder <los corazones y las mentes> de su comunidad y que se sentiría la necesidad de enseñar a su <rebaño> a reconocer los peligros del contacto desenfrenado con los <lobos>. El retrato del Islam que Eulogio ofreció a sus lectores fue pintado efectivamente para proyectar una imagen negativa y exagerada del profeta y su ley, para combatir una tendencia creciente e ignorar las diferencias entre las religiones y enfocar en la <tierra común>. Verlo así era abrir la puerta a la posibilidad de que los tratados de Eulogio no reflejaran sus propias opiniones, en una manera de decir; que fueran en cambio el producto retórico de su papel apologético: defender los mártires y aprovechar su ejemplo para despertar y avergonzar la comunidad cristiana.

III.

Mientras que estaba jugando con esas ideas abstractas, no había otro remedio que alzar la vista de vez en cuando para cuidar de cosas más pragmáticas; por ejemplo, la búsqueda de un puesto permanente. En 1984 no era nada fácil a causa de la falta general de puestos universitarios en mi país. Solicité los cuatro puestos que había--a las universidades de Pittsburg, Iowa, Toronto, y Harvard--y no logré ni

una entrevista. Me resigné a un año más en Palo Alto y, para consolarme, decidí agujerearme la oreja. Un capricho, nada más. Pero que capricho más mágico porque al hacerlo, recibí una llamada de Langmuir informándome de un puesto provisional—de solo un año—en Pomona College en las afueras de Los Ángeles. Resultaba que la medievalista de Pomona había ganado el puesto homólogo de la universidad de Iowa y no quedó tiempo a Pomona para llevar a cabo una búsqueda nacional para reemplazarla. Por eso: una búsqueda local para identificar a un medievalista recién hecho que podía dar clases por un año y ganar algo de experiencia, dando tiempo al departamento para buscar más lentamente alguien más permanente.

Un desvío: en los EEUU, el mundo universitario se divide no solo en el eje público-privado (de que hablamos ayer), sino en el eje de grande-pequeño, o sea, <university>-<college>. Se puede decir que el corazón de cada universidad es su <college> que ofrece a los estudiantes de entre 18 y 22 años de edad la licenciatura al cabo de cuatro años. Pero más allá de las licenciaturas de sus <colleges>, las universidades también ofrecen títulos avanzados al nivel de <master's> y <doctorate> para los estudiantes mayores que quieren especializarse. Bueno, si podéis imaginar un <college> así, sacado de su contexto universitario, habitado por solo mil o 1,500 estudiantes haciendo la licenciatura, todos viviendo en las residencias del campus mismo…ya entendéis el concepto americano del <residential liberal arts college>. Y dentro de este género de institución tan distintivo de los EEUU, con ejemplares por todo el país, Pomona College era y es de primera fila.

No estaba seguro en ese momento de si quería seguir esta senda profesional, reduciendo el tamaño de mi comunidad escolar un 75%. Pero decidí por lo menos visitar Pomona y someterme a la entrevista. En vísperas de ir, saqué el pendiente de la oreja, y escondí la herida abierta, por si acaso. En dos palabras, resultaba que a mí me gustó el ambiente y la gente que conocí. Se notaba que la admiración era mutua: al volver a Palo Alto, me esperaba un mensaje ofreciéndome el puesto. Una amiga me ayudó a volver a meter el pendiente, un proceso que me dolió más que la primera vez.

Ese primer año en Pomona College fue, para mí, un reto tremendo. Estaba enfrentado con la tarea enorme de diseñar y realizar, partiendo de cero, cinco asignaturas distintas, dos para el primer semestre y tres para el segundo. Era un cambio de marcha que casi quemó mi embrague, si me entendéis. Para colmo, tenía que convencer a mis nuevos colegas de que yo merecía el puesto permanente, que ya se estaba anunciando. No era fácil, porque un departamento así de pequeño—con solo 9 miembros, en esa época, en comparación con Stanford que tenía unos 60—normalmente buscaría a un medievalista genérico con un foco geográfico más al norte. No entendían que sería mucho mejor contratar a alguien que, enfocado en el borde entre Europa y África, podía cundir más y poner Europa misma en un contexto más mundial. En resumidas cuentas, un día en diciembre de 1985, mis colegas votaron entre los dos candidatos que se quedaban y por solo un voto (como me enteré más tarde) gané yo. Una victoria, sí, pero medio pírrica, porque no es nada cómodo ganar un puesto por solo un voto; mis colegas que no

lograron conseguir su candidato esperado nunca lo olvidaron y desde ese momento empezaron a afilar sus cuchillos. *Paciencia de piojo, que la noche es larga*. Totalmente ignorante de la política bizantina del departamento, volví a mi trabajo, imaginándome que tendría un puesto más o menos seguro. Más sobre ese tema más adelante.

Ahora que había obtenido un puesto fijo, empezaba a pensar en como contribuir con algo nuevo al currículo, algo que reflejara mis intereses más sureños que los de mi antecesora. Poco a poco convencía a mis colegas de que no debían considerar la edad media como el primer capítulo de la historia de la <subida inevitable> de Europa; que tendría más sentido concebir la historia medieval como la continuación de la historia clásica, enfocada en el mediterráneo. Por fin reemplacé la asignatura <Europa Medieval> con <Mediterráneo Medieval>. A partir de 1990, esta clase ha logrado presentar a cientos de estudiantes una loncha diferente de la época, incorporando la historia de los imperios bizantinos y árabes al lado de la de los reinos latinos. Para mí este cambio no era solamente una cuestión de considerar el mundo latino en su contexto contemporáneo sino de informar a mis estudiantes sobre los orígenes del Islam y la importancia de las relaciones culturales entre el y sus hermanas mayores cristianas, la una griega y la otra latina. Por supuesto, la historia de España medieval es una parte importante de esta asignatura. Pero queriendo darme más espacio para desarrollarla, lancé otra asignatura que titulé <Cristiano, musulmán, y judío en la España medieval>, un seminario para unos 20 estudiantes que les daría la oportunidad de expresarse más. Gracias al número creciente de fuentes traducidas en inglés, se hacía más fácil dar esta clase cada año que pasaba.

IV.

Al fin de mi primer año, el jefe del departamento me ofreció la oportunidad de volver a España para adelantar mis investigaciones sobre las percepciones medievales del Islam. No dudé en aceptar la oferta. Como otro Eneas, me sentía arrastrado por las fuerzas de destino: *Spaniam no sponte sequor*, grité yo, citando Virgilio (más o menos). Esta vez iría no solo con mi mujer sino con mi hijo de 2 años, una decisión muy bien recibida por todas partes, aún más porque muchos turistas habían decidido aplazar sus viajes a Madrid ese verano dada la frecuencia relativa de coches-bomba en 1986. En ese contexto, llegar con un niño así de gregario como Owen, pues, sus pies casi nunca tocaron el suelo. Volver a Madrid era como volver a casa; como la abeja al panal, citando una de mis canciones favoritas de Juan Luís Guerra. No tardamos nada en acostumbrarnos a los ritmos de la misma vida que nos había costado tanto de dominar la primera vez. Una de las paradas primeras: Bar el Rocío, cerca de la Puerta del Sol, donde había y hay los mejores mejillones de Madrid. Su dueño, un Toledano callado pero atentísimo que se llama Santiago, nos había adoptado--al estilo de Paco y Paquito en Córdoba—la primera vez que estuvimos en Madrid. Esta vez, conoció a Owen y lo trataba como un rey, preparándole tortillitas de atún, que a Owen le apetecían. A Owen también le encantaba la tragaperras en la pared con sus repentinas melodías electrónicas. Uno de los clientes del bar que apostaba todos los días lo levantaba

para que él pudiera meter los duros. Owen, como yo, estaba aprendiendo a preferir la vida de los bares a la de los archivos. *De tal palo, tal astilla*.

Pero aún los archivos pueden ser estimulantes de Pascuas a Ramos. En esa ocasión fui al archivo de la academia de historia, buscando el famoso códice de Roda que contiene versiones de la *crónica de Alfonso III*, la *crónica profética*, y la *historia de Mahoma*, la misma que había trascrito Eulogio. Al conseguirlo, estaba hojeándolo cuidadosamente, consultando una lista de los textos que contenía para compararla con el códice mismo. Me fijé en un texto corto, cubriendo poco más de la mitad de una hoja, que no era nombrado en la lista. Se titulaba *Tultusceptrum de libro domni Metobii* y contaba la historia de un obispo que se llamaba Osio que recibió una revelación de un ángel que quería mandarlo al desierto para predicar entre los <sátrapas> que vivían allí y que habían perdido la fe. Pero Osio estaba para morir y mandó en su lugar a Ozim, un monje joven, sin experiencia. De camino hacia el desierto, Ozim se encontró otro ángel—un ángel de tentación—que le dijo al monje ingenuo que debía cambiar el mensaje que Osio le había dado para predicar a la gente del desierto. Le hizo cambiar también su nombre: desde entonces, se llamaría Mahoma en vez de Ozim. Sin saber que ese ángel era malo, Ozim-Mahoma siguió hasta el desierto y, en su inocencia, corrompió la gente con que se encontró allí.

Estaba atónito al leerlo. ¿Era yo el primero en reconocer esta rarísima vida latina de Mahoma? Resultaba que no: me enteré poco después que Manuel Díaz y Díaz lo había trascrito en un articulo publicado en 1970. Pero creo que él no había apreciado su significado pleno. Mirad: como os dije antes, Eulogio había formulado sus percepciones del Islam como respuestas a las preguntas hechas por los cristianos Cordobeses más cercanos a la cultura árabe, preguntas que indicaban que ellos no veían a los árabes como paganos sino devotos al mismo Dios aunque según su propia ley. Bueno, si imaginamos estos mismos cristianos más <arabizados> buscando una manera de disculparse por trabajar y mezclarse tanto con los musulmanes, tiene sentido que utilizaran la misma lógica que usaban los musulmanes para justificar su postura tolerante hacia sus súbditos cristianos y judíos: que merecían el respeto porque eran devotos al mismo Dios y los beneficiarios de una revelación originalmente pura, aunque por fin esa revelación se hubiera corrompido por error humano. Pero especular que esos cristianos arabizados pensaban así es otra cosa que demostrar que pensaban así, y era ese curioso texto <*Tultusceptum*> el que me proporcionó el vínculo perdido: una explicación de los orígenes del Islam que afirmó que su origen era puro--aún *cristiano*—y que no culpó a su profeta por el engaño! La distancia entre esta vida de Mahoma y la otra tan peyorativa utilizada por Eulogio es enorme. Pero las dos son caras de la misma moneda porque las dos salieron del mismo contexto mozárabe.

Era imposible contener mi alegría. Quería abrazar al archivero pero, acordándome de el de Córdoba, logré resistir la tentación. Al volver a los EEUU, preparé y presenté mis conclusiones a un simposio en Toronto donde se reunieron unos 40 expertos en el campo de <cristianos viviendo bajo de la dominación musulmana>. Yo era uno de solo dos profesores enfocados en el oeste del mundo musulmán y aproveché mucho de los que se dedicaban a las comunidades cristianas en las

partes griegas, sirias, y egipcias del imperio musulmán. Era como una vueltita a mis raíces en el mundo de la religión comparativa.

Tuve la oportunidad, ese verano de 1987, de ir para participar en un simposio de larga duración en Nueva York, concretamente en el campus de la universidad de Fordham. Allí se reunieron unos profesores distinguidos en el campo de la historia de la baja edad media española: Joseph O'Callaghan (el anfitrión), Angus MacKay, Teófilo Ruíz, Manuel González Jiménez, y mi santo patrón, el padre Burns. A sus pies: unos 25 profesores mucho menos famosos incluyéndo a mí y a uno de mis mejores amigos, Paul Hiltpold, que conocí por la primera vez en esta ocasión. Por seis semanas todos vivimos juntos, tomamos clases juntos, comimos juntos, y lo pasamos muy bien juntos. Para mí fue una oportunidad sin paralelo para recibir, *por la primera vez en mi vida*, algo de formación formal en la historia de la España medieval. Fuera del contexto del trabajo mismo todos aprovechamos Nueva York, es decir todos fuera del padre Burns, que, por supuesto, no se sentía tan libre para festejar como los otros. Me acuerdo de largas cenas agradables en el comedor de una pizzería en la zona italiana del Bronx, charlando con Angus y Manolo y Paul. Y cuando no estaba pensando en la historia, me dedicaba a adelantar mi formación en el campo de la música latina, cuyas semillas, recordaréis, habían sido plantadas por mi maestro en el instituto. Dio la casualidad de que tuve un compañero de cuarto que se llamaba Luís Cortest (el apellido llevaba un <t> por culpa de las autoridades estadounidenses de la frontera con México hace unas generaciones) cuyo padre había tocado timbales para un grupo salsero. Aprovechándome de su consejo, fui al <Blue note> en Greenwich Village para oír a Eddie Palmieri, al club Mirage en el barrio puertorriqueño del Bronx para escuchar a Bobby Rodríguez, y a <Carnegie Hall> para ver (desde la última y la más alta fila posible) Rubén Blades. Aún hoy, cuando pienso en la historia española de la baja edad media me hace tamborilear con los dedos.

Mientras tanto, siguiendo el mismo hilo de las percepciones del Islam, estaba concibiendo un proyecto más grande: una traducción y explicación de las primeras crónicas latinas que hablaban de la invasión musulmana: la *crónica mozárabe* de 754 y la *crónica de Alfonso III* de 883. Se notaba que el mismo suceso—la invasión de 711—se interpretaba de dos maneras muy distintas. La *crónica de Alfonso III* era la más previsible. Desde el punto de vista del reino precoz del rey, que había llevado a cabo muchas incursiones en el sur aprovechándose de una falta temporal de unidad del emirato, el tiempo del reino musulmán parecía que iba a caer. El autor de la crónica impuso sobre los sucesos una narrativa muy conocida y cómoda, interpretando la invasión de los musulmanes como si fuera un azote en la mano de Dios para castigar el mal comportamiento de sus hijos cristianos. Esa narrativa tenía la ventaja no solo de prever la caída eventual del emirato sino de justificar la futura hegemonía del reino asturiano como heredero legítimo del reino católico de los visigodos. Menos previsible y por eso más interesante es la *crónica mozárabe*, escrita por un cristiano viviendo bajo la dominación musulmana. Desde su punto de vista, solo 43 años después de la invasión, no había ninguna señal que el dominio musulmán fuera a caerse. Por eso el texto no prevé ninguna caída o expulsión inevitable de los árabes. Sin poder concebir el fin de ese régimen, era imposible concebir e imponer una narrativa que explicara la caída de un reino católico y la

subida de un reino musulmán. No es de extrañar que la invasión no se presenta por el cronista mozárabe como parte de ningún plan divino para España. En vez de castigar los visigodos por los pecados que abrieron la puerta a los árabes, culpó al emperador Heracleo, que enojó a Dios con su soberbia después de su inesperada victoria sobre los persas. Cuando Dios levantó el azote a los árabes—llamados por el cronista los <ratones del desierto>--fue para azotar al imperio cristiano, no al reino visigodo, aunque España sufriera daños colaterales. Cuando el cronista hablaba de los sucesivos gobernadores musulmanes después de la invasión, los juzgaba más o menos como había juzgado a los reyes visigodos antes de la invasión: el veredicto dependía no de su identidad cultural o religiosa sino de su habilidad para mantener la paz. En dos palabras, en vez de una narrativa consistente, la *crónica mozárabe* ofrece sucesos desconectados que, al llegar al año 754, solo se acaba.

Los distintos contextos históricos explicaban mucho de las diferencias entre las dos crónicas en cuanto al tratamiento de la invasión y la ocupación. Pero no del todo. También había que considerar el contexto historiográfico. Por eso, decidí traducir para el mismo tomo las dos crónicas más importantes de la época visigoda: la de Juan de Biclaro y la de Isidoro de Sevilla. Mi razonamiento era así: para crear una narrativa sobre el legado de un reino católico, perdido y recuperado, tenía sentido explotar la *Historia de los godos* de Isidoro, que había otorgado algo de respeto al reino visigodo de Toledo como el heredero legítimo del imperio romano en España. Al emparejar Isidoro y el cronista de Alfonso III, me ocurrió que podía hacer lo mismo con Juan de Biclaro y el cronista mozárabe: los dos produjeron crónicas sin narrativas que proporcionaban datos pocos digeridos. Me parecía, considerando el reto del cronista mozárabe, que evitaría narrativas con predicciones implícitas y por eso seguiría en las huellas de Juan de Biclaro en vez de Isidoro de Sevilla. Es aún posible que el autor de la crónica mozárabe pensara que por fin el gobierno árabe, como el de los visigodos de Juan de Biclaro, se convertiría al catolicismo. De todos modos, nos dio muy pocos indicios de la identidad religiosa de los invasores, recurriendo a los términos puramente étnicos.

Este proyecto allanó el camino para la tercera visita a España, con destino a Asturias, en el verano de 1989. Una buena amiga y colega mía en el departamento de la literatura Española de Pomona College que se llama María Donapetry me sugirió (no…me *insistió*) que hiciera contacto con su familia y que me quedara en Gijón. Cada duda se evaporó el momento en que llegué a la casa Donapetry y disfruté de una comida exquisita rodeado de la madre y los hermanos de mi colega. Resultaba que su hermano Bernardo, un magistrado, tenía un piso vacío e insistió en que yo lo ocupara. Cada fin de semana, los hermanos con sus parejas y sus amigos me invitaban a ir de copas. Cada domingo me llevaban para comer en el campo. Y cada lunes, me dejaban en paz para hacer mis tareas en Oviedo y mis vueltas por Asturias, visitando y sacando fotos de todas las iglesias prerrománicas, esperando con paciencia el día en que el sol brillaría, permitiéndome subir a Covadonga y a los lagos. De esa estancia asturiana, que duró un mes, no recuerdo casi nada de mis experiencias en los archivos. Pero me acuerdo muy bien de:

- aprender a echar cidra de una manera <cristiana> (hay fotos para confirmarlo).

- apreciar el <queso de cabrales machacado con sidra> y el queso afuegalpitu.
- entender por experiencia los efectos de comer demasiada fabada, de los que mis guías me habían advertido: <cuídate…es muy fuerte>.
- los chistes verdes que nunca entendía hasta que Román, el novio de la hermana de mi colega, me los explicaba. <Mira, Ken, hay que saber que la palabra <x> significa también…pito>.
- las lecciones de cocinar que pedí y recibí de Armando, el dueño del bar delfines, donde solía comer todos los días laborables y donde se hacía el mejor arroz con leche del mundo.
- el último día de mi estancia, el primer sin neblina, cuando volé en coche a los lagos, caminando entre las vacas pastando con sus cencerros grandes e imaginándome enterrado allí mismo así podría disfrutar esa vista para la eternidad.
- el dicho: <Asturias es España. Lo demás tierra conquistada>.
- la bondad sin fin de la familia Donapetry.

Mi colega María, que no estuvo en Gijón durante ese mes, me anunció a mi vuelta a California que yo había probado en cuanto a su familia. El comentario de su madre, ya fallecida, se queda conmigo: <Dos metros de hombre y todo bueno!>. Estoy pidiendo que estas mismas palabras se graben en la lápida de mi sepultura Cantábrica.

La cuarta parte

Con tres lecciones dadas y solo una restante, puedo oíros pensando:<dado que se necesitaban tres para abarcar los primeros 16 años, cómo va a caber en una los 18 que se quedan?> Pues, si me quedara más tiempo, os explicaría. ¡Adelante!

I.

Se nota que hasta este punto en mi evolución académica, mantuve un rumbo bien recto. Empecé con Eulogio e, inspirado por él, seguí adelante averiguando el contexto más amplio—pero todavía español--de las primeras percepciones latinas del Islam. El paso siguiente era lógico: ampliar el ámbito cronológicamente y geográficamente, así que podía explorar esas percepciones en el oeste en general hasta la primera cruzada. Para emprender un proyecto así de grande, necesitaría tiempo y por eso solicité una estancia en el Instituto para los Estudios Avanzados en Princeton, en el estado de New Jersey. Más conocido por sus físicos famosos--Einstein, Oppenheimer, y Von Neumann—el Instituto tenía y aún tiene, al lado de su escuela de ciencias naturales, tres más, incluso una dedicada a la historia. Cada año, sus seis miembros permanentes invitan a docenas de historiadores de todas partes, así pueden formar comunidades intelectuales temporarias. Afortunadamente en 1989, el medievalista permanente, Giles Constable, decidió incluirme en su grupo y, al recibir la bendición del decano de Pomona para una excedencia de dos años, nos mudamos: Mary, Owen, y ya también mi nena Ellie, que había nacido hacía un año (concretamente el 16 de junio de 1988, exactamente 15 años después de la muerte de su abuelo). Por dos años vivimos dentro de una comunidad de científicos, matemáticos, e historiadores, y experimentamos por la primera vez el otro planeta que era y es la costa este, con sus temporadas tan distintas, su paisaje tan verde, y su vida tan…pues…tan opuesta a la vida californiana. Para mí, era un paraíso: una universidad sin estudiantes y sin decanos donde podía leer y escribir durante todo el día. ¡Todo un lujo! Como todos los miembros, recibí un despacho con vistas al bosque, lleno de ciervos. Salía mi <celda>, como todos, dos veces cada día, primero para comer en el <refectorio> y segundo para beber té en la sala principal. El primer año de mi estancia, conocí a muchos medievalistas, entre ellos Margaret Gibson de Liverpool, que me ayudó a perfeccionar la técnica inglesa de manejar una taza de te, un platillo, y un <biscuit> mientras se charla, sin que dejar que nada se caiga. Un día, al oírme decir que estaba buscando una editorial para publicar las traducciones de las cuatro crónicas españolas, me pidió una copia del manuscrito y, al cabo de una semana, me redactó un contracto para incluirlo en una serie de fuentes traducidas de la alta edad media, patrocinada por la editorial de la universidad de Liverpool. Así nació mi segundo libro.

Pese a la bondad de Margaret y los otros medievalistas, se notaba que la mesa más animada del comedor, y la mesa donde duraban las comidas más que en ninguna otra, era la dominada por los estudiosos de España, escogidos a mano por John Elliott, que estaba disfrutando su último año de los 17 en el Instituto antes de asumir la cátedra <regis> de historia en Oxford. Entre los que solían comer en esa mesa, era el economista y ex-ministro de sanidad, Ernest Lluch. Desde su llegada

hasta su salida al final de mi primer año, se hizo el punto focal de una de esas conversaciones que no cesó sin que sólo se aplazó. Nos llevábamos estupendamente. Al recibir las noticias de su asesinato unos años después de mi vuelta a Pomona, no pude creerlo ni entenderlo, y todavía me pone lagrimoso.

Como os dije, mi intención original era recurrir todas las fuentes latinas de todos los siglos entre la aparición del Islam hasta la primera cruzada. Decidí empezar con el texto más reciente y hacer el camino de vuelta hasta los más viejos. Escogí *Los actos del conde Rogelio y de su hermano Roberto Guiscardo*, una crónica sobre la lenta conquista de la Sicilia musulmana por los normandos, escrita por un monje normando a finales del siglo XI. Al leerlo, lo encontraba más y más fascinante como una fuente no tanto de las percepciones sobre los musulmanes como de las percepciones sobre los normandos. Recordando de la historia de los godos de Isidoro y como él había transformado historiograficamente esos <bárbaros y herejes> en reyes legítimos y católicos, notaba una tensión familiar en esa obra de Malaterra, que disculpaba los normandos, herederos directos de los bárbaros *par excellence*, los vikingos. Poco a poco se me olvidaron mis planes originales y dirigí mi atención a la historiografía normanda en Italia, intentando entender como se realizó ese cambio de papel de <antagonista> al llegar a Italia hasta <protagonista> unas pocas décadas después. Dado que peleaban tanto con el papa, no era nada fácil para los que manejaban sus <relaciones públicas>. Pero había un ingrediente mágico que azucaraba la olla entera: el papel decisivo que jugaron los normandos recuperando para la iglesia latina, primero, la tierra bizantina del sur, y segundo, la tierra musulmana de Sicilia. Con tres distintas historias contemporáneas dedicadas a la extensión normanda en Italia y Sicilia, yo estuve muy ocupado los dos años en el Instituto. Cuando volví a California en 1991, había escrito un libro sobre la historiografía de los normandos en Italia y había traducido al inglés *Los actos del conde Rogelio*. Aquel se publicó un par de años después pero éste se quedó en un cajón en mi despacho durante años antes de decidirme por fin a acabar con los normandos. Salió por hace dos años, el más recien publicado de mis cinco libros.

II.

Mirando atrás, me pregunto como es que me extravié tanto de la senda de mi propuesta y de mi trayectoria académica hasta entonces. Hay dos explicaciones:

- La primera se trata de mis preferencias personales en cuanto a mis proyectos. Resulta que estoy más cómodo trabajando con un solo texto, o un cuerpo manejable de textos relacionados, minándolos para encontrar las joyas que pueden contener. No es que a mí no me gusten las preguntas grandes sino que me gusta contestarlas con una consideración íntima de unas manifestaciones concretas. De hecho cuando concebí el estudio original sobre las percepciones del Islam, me lo imaginé como una cadena de ejemplos distintos, cada uno basado en un texto. Es la manera en que pienso. Quizás otro legado de esa maldita máquina de leer de que hablé ayer. No sé.
- La segunda tiene más que ver con el contexto institucional dentro que trabajo, es decir, el de un <college> pequeño. Me explico. Si yo fuera

> miembro de un departamento de 60 historiadores, como el de Stanford, yo sería uno entre tres o cuatro medievalistas, cada uno con su sub-campo distinto. No me sentiría tan libre para cambiar temas, por temor a pisar en los dedos de pie de mis colegas a cada lado. Pero en Pomona soy el único medievalista y no me siento restringido por nada fuera de los límites de mi curiosidad. Tengo jurisdicción, por decirlo de alguna manera, sobre toda la época y siempre me encuentro experimentando con asignaturas nuevas que de turno inspiran nuevas investigaciones. Os confieso que de vez en cuando tengo envidia de los otros que siguen en sus propios sub-campos, buscando oro en la misma mina año tras año. Hay veces cuando me siento un poco despistado, como si fuera un nene recién nacido que no está envuelto, extendiéndome con los brazos desatados en todos los sentidos a la vez. Pero hasta este punto en mi vida, me ha servido bien esta capacidad de armar mi tienda de campaña dondequiera que sea y desarmarla, en busca de otras vistas.

Este contexto—la vida solitaria de un medievalista de un <college>--ayuda explicar la gama amplia de los temas de mis libros y mis artículos. Hasta ahora os he hablado de los mártires de Córdoba, de los orígenes de las percepciones de Islam, de la historiografía de España en la alta edad media, y de los normandos en Italia en el siglo XI. Pero mientras adelantaba estos proyectos, siempre tenía otros <atizadores en el fuego>, como decimos. El artículo que escribí sobre la estructura narrativa de una de las crónicas de la primera cruzada salió de un interés de paso en Bohemundo, el hijo del Roberto Guiscardo. Otro sobre los principios del comercio de esclavos africanos fue el hijo inesperado de una asignatura que diseñé para preparar mis estudiantes para el quinto centenario de Colón en 1992 y una visita a Pomona de John Elliott.

III.

Mi regreso a Pomona en el verano de 1991 debía haber sido un momento de triunfo. Dos libros publicados y el tercer en el horizonte. Dos años como socio del Instituto. Hasta había ganado un premio de enseñar en vísperas de ir a Princeton. Pero como Heracleo después de su victoria sobre los persianos, fui castigado por la soberbia, *radix omnium peccatorum*. En vez de <ratones del desierto> me atacaron ratones del departamento, concretamente una camarilla poderosa de tres que se habían opuesto a la decisión de contratarme hacía años. En dos palabras, me dieron una evaluación negativa y me dejaron buscando otro puesto. Pero en contraste marcado con Heracleo, logré arrebatar la victoria de las garras de la derrota. Cuando las noticias de mi evaluación negativa se difundieron, mis colegas fuera del departamento de historia no podían creerlo. Unos de ellos empezaron a llamar atención sobre la injusticia de la decisión, criticando el liderazgo de la facultad de historia. Al fin del semestre, cuando se suelen reunir todos los catedráticos del <college> para aprobar las decisiones de los departamentos individuales, no solo rechazaron la recomendación del departamento sino que lo castigaron públicamente al jefe y reivindicaron mi permanencia. En fin, al borde de perder mi puesto, salí con un puesto asegurado, permanente, grabado en piedra. Y para colmo, dos de los tres miembros de ese <triumvirato> se marcharon

avergonzados de Pomona, dejando a la tercera con sus alas cortadas, sin la capacidad de gobernar el departamento por la falta de confianza que inspiraba. Hablando de cuentos de hadas… De las diosas que dirigían mi vida, no sabía a cual de ellas debía dar las gracias. Era demasiado para los poderes de Serenpidity y sin la oportunidad de defenderme en público, las musas tampoco podrían haber jugado un papel obvio. Quizás la diosa Pomona misma. De todas formas, más velas encendidas. Mucho más.

Fue una experiencia que no os recomiendo y no me gustaría para nada repetir. Debo la mitad de las canas en la barba (que empecé llevar en esa misma época) a esa maldita <bienvenida a casa>. Pero de esos limones, salió mucha limonada y de muy alta calidad. Ese otoño de 1991, nosotros historiadores jóvenes aún vivíamos bajo un liderazgo conservador, sospechoso de las nuevas tendencias en el campo de historia y de sus practicantes. Pero en la primavera de 1992, surgió una igualdad repentina, cada miembro hallando su propia voz. Aunque antes no me había metido en los asuntos del departamento, me di cuenta de que no había otro remedio. Formé una alianza informal con los otros miembros <oprimidos> del departamento para adelantar el proceso de <democratización>, una palabra que significaba algo positivo antes de la subida de Bush. No sé si era ese ambiente de revolución o las expectativas utópicas que lo seguían, pero poco después, dejé de cortarme el pelo. Cuando el decano me nombró director de la facultad de historia al fin de 1994, llevé no solo un pendiente sino una coleta.

IV.

Fue durante esa misma época cuando yo, un fénix chamuscado pero no quemado, volví a volar, por fin siguiendo la otra senda lógica que salió de los mártires de Córdoba: la senda del estudio de los santos. Era obvio que la obra de Eulogio tenía mucho que ofrecer a la historia de las percepciones del Islam. Pero normalmente no se notaba que sus escritos también arrojarían luz sobre el concepto de la santidad medieval. En su determinación de defender sus amados mártires contra la crítica de los cristianos más arabizados, nos proporcionó un sentido de las expectativas mínimas para reclamar la santidad. No hablo solamente de los tres requisitos concretos identificados en su apología: una persecución, un gobierno pagano, y unos milagros. Hablo del apoyo de la comunidad en general, el *sine qua non* de cualquier culto. Porque al fin y al cabo, no era cuestión de una falta absoluta de milagros, por ejemplo, sino la falta de propensión de parte de la comunidad colectiva de ver como milagrosos los hechos que ocurrieron en cuanto a las ejecuciones. Era cuestión de la sociología de la santidad y el poder de la comunidad definir sus propios santos.

Esa llama de interés en el mundo de los santos fue avivado en ese momento por un viaje para visitar a mi cuñado en Nuevo México, donde me encontré rodeado por las imágenes rústicas de los santos típicos de esa zona. Encantado por ellos, empecé a hacer mis propios santos, santos de madera pintada, más o menos fieles al estilo de los que había visto. Me apodé el <santero guëro>, jugando con la semejanza entre la palabra <güero>, que se usa en México para referirse a los rubios, y <huero>, que es decir <vacío>, porque yo hice los santos sin ser creyente.

Creyente o no, por lo menos cabía en el papel físicamente: con la barba y el pelo largo, la semejanza física con Jesús (por lo menos al Jesús de los retratos euro-céntricos) se notaba. De todas maneras, la mejor de las imágenes que hice en esa época fue una de San Francisco, sosteniendo una cruz y calavera. No sé si era esa imagen misma—que, por su parte, parecía mucho por la cara al actor Ben Kingsley—la que por fin me inspiró a volver a la senda franciscana que había dejado cuando conocí a Eulogio. Pero en algún momento del verano de 1993, cuya fecha y hora me gustaría recordar, me ocurrió algo del santo de Asís que cambiaría el rumbo de mi barco académico muchos grados a babor.

Empecé ese verano preguntándome como Francisco, el hijo de un rico mercante de tela, pudo lograr hacerse pobre. Claro, podía rechazar su patrimonio, como hizo, desnudándose en la presencia de su padre enojado y de su obispo sorprendido. Pero dentro del contexto de su propia cultura, haciéndose pobre en esa manera--es decir *a propósito*—en realidad le habría ganado mucho a cambio de su sacrificio. Mirad: según el evangelio, rechazar el tesoro terrenal era calificar por otro aún mejor en el cielo. De este punto de vista, hacerse pobre a la manera de Francisco no era tanto un acto de empobrecimiento como una inversión, o sea una reinversión, deshaciendo de este mundo e invirtiendo en el que viene, como si se tratara de una bolsa de valores con una dimensión metafísica que le permitiría dividendos en la vida eterna. Y mientras que esperaba reclamar ese tesoro celestial, Francisco podía esperar la admiración y apoyo de todos los otros de su comunidad en busca de una manera de mitigar su propia culpa por no estar tan listo a sacrificar sus propios tesoros seglares. Considerándolo así, empecé a preguntarme sobre las relaciones entre Francisco y los otros pobres que no habían elegido sus propias circunstancias económicas. A Francisco le gustaba pasar tiempo con los pobres y los leprosos para demostrar que había rechazado los placeres del mundo. Pero ¿había ventajas recíprocas para los pobres que pasaban tiempo con Francisco? Ya no podía ser una fuente de limosna para ellos a causa de su rechazo absoluto de sus pertenencias. De hecho, el momento en que Francisco recogió su cuenco de mendigo, se hizo un competidor con los otros mendigos, pidiendo su propia limosna de gente que prefería dar comida a alguien como él, cuya motivación les parecía pura y digna. Aún el mensaje de Francisco—sacrificar los bienes de este mundo en preparación para el que viene—no tendría tanto sentido para los pobres que no tenía nada de valor para sacrificar. Sin nada para sacrificar, era mucho más difícil para ellos ganar la simpatía y aliento colectivo de su comunidad. Claro, podían *decir* que rechazarían sus pertenencias si las tuvieran, pero decirlo sin la capacidad de rechazarlas en realidad, pues, eso no inspiraría la misma confianza de sus correligionarios. En fin, la teología social—digamos, la economía religiosa--de Francisco, que dio tanto énfasis en el acto del sacrificio *a propósito*, teóricamente no servía para los verdaderos pobres que no tenían nada para sacrificar para enseñar al mundo que su pobreza era voluntaria. En cierto modo, Francisco era un <Robin Hood> al revés, robando a los pobres la única cosa que tenía--su pobreza--y asignándola, de una forma destilada y pura, a si mismo y a los otros miembros de su clase que lo seguían.

Blasfemia, ¿verdad? Cada vez que lo explico, espero un relámpago o por lo menos el sonido del trueno desde lejos.

Se notaba que seguir esta senda nueva sería más que un cambio de tema; sería un cambio profundo de metodología. No dejé de ser practicante de la historia de *mentalité*: leí y releí las fuentes franciscanas intentando apreciar todos los matices del concepto de la pobreza que contenía para entender su funcionamiento en el mundo italiano al principio del siglo XIII. Pero el momento en que me di cuenta de que la lógica de la <pobreza santa> de Francisco excluía a los pobres normales, estaba rozando lo que llamamos en inglés, <history with a conscience> (la historia con conciencia), es decir, el estudio de la historia con la intención plantear un punto moral. Normalmente los historiadores modernos rechazamos temas así, evitando juicios morales en nombre de la historia científica. Pero en este caso, no podía dejarlo en paz (como si fuera un diente flojo) y por fin concebí una manera de abordarlo que me permitiría retener mi <licencia de historiador>. Decidí que si era obvio para mí que había problemas con la idea de la <pobreza santa> de Francisco pero no era obvio para sus contemporáneos, ese hecho mismo me autorizó investigar e intentar recrear el contexto cultural dentro que un concepto así de raro (para mí) tendría razón inequívoca (para ellos). Con ese propósito más concreto y más científico, me puse en un camino más seguro sin tener que sacrificar el punto irónico que quería ofrecer para la consideración a mis lectores modernos.

La primera oportunidad que se presentó para hablar en público sobre este tema nuevo vino en forma de una invitación de John Williams, el historiador ya jubilado del arte medieval, de la universidad de Pittsburgh. Experto en los códices de Beatus de Liébana, John conocía y admiraba mi trabajo sobre los mártires y sin duda esperaba que hablara de algo así. Pero yo de mi parte interpreté la oportunidad como una señal de Dios, harto de los juegos de los ricos, robando de los pobres su propia pobreza y tal y cual, y, en febrero de 1994, disparé la primera bala. Se oyó el vuelo de una mosca en esa sala medieval de Pittsburgh cuando dejé de hablar. Mi charla—media ponencia, medio sermón—los había dejado boquiabiertos. Al empezar, las preguntas, comentarios, y reacciones siguieron sin parar. Y seguían cada vez que ofrecía una versión de la misma charla, cada vez un poco más pulida gracias al efecto de las preguntas anteriores. Hubo muchas charlas y conferencias así a lo largo de los años durante que Francisco me dominó la vida. Por fin—después de una larga búsqueda de un editorial que lo publicara--salió *The Poverty of Riches* del editorial de la universidad de Oxford en 2003.

Para mí, diez años es mucho para cualquier proyecto. Pero no puedo culpar ni al tema ni a los editoriales vacilantes. La verdad es que pocos meses después de ponerme en camino hacia Asís, mi mujer Mary y yo nos separamos y por fin nos divorciamos. Fui a vivir a un apartamento en la residencia estudiantil durante los tres años siguientes, cumpliendo las tareas del <Faculty Resident>. Owen y Ellie se acostumbraron a pasar un día con su madre y otro conmigo y me acostumbré a hacerme padre y madre a la vez los lunes, los miércoles, y los viernes. Aunque mi producción literaria fue más despacio, el nivel de mi satisfacción subió drásticamente, envolviéndome aún más en las cosas de mis hijos. Me hice entrenador del equipo de béisbol de Owen (una vuelta alegre a mis raíces deportivas) y ofrecía mis servicios como voluntario en la primaria donde iba Ellie. Y le di la bienvenida a Riki, una alemana de más o menos mi vendimia que había

inmigrado a los EEUU cuando tenía 18 años. Seguimos viviendo separados, yo con mis dos hijos y ella con sus tres, hasta 2003. Ese mismo año en que salió el libro sobre San Francisco, nos casamos y compramos una casa juntos.

No es de extrañar que al conocer a Riki, descubriera un interés latente en cosas alemanas. El primer viaje a Alemania para conocer a su padre en Berlín me inspiró para buscar una senda de investigación que me daría la oportunidad de pasar más tiempo en esa tierra verde, la patria de mis propios antepasados. Me encontré con dos sendas.

La primera, saliendo directamente del proyecto sobre la llamada pobreza santa, me dirigió a Santa Isabel de Hungría, una contemporánea más joven que Francisco. La hija del rey húngaro, Isabel se prometió al hijo del barón de Turingia en la Alemania central a las 4 años de edad y se mudó al famoso castillo del Wartburg para criarse. Casada con Ludwig a 14 años de edad, Isabel tuvo su tercer hijo antes de cumplir 20, cuando recibió las noticias de la muerte de su marido in Italia, donde estuvo para participar en una cruzada llamada por el imperador Federico II. Dejando el Wartburg, Isabel siguió a su confesor espiritual, Conrad, a Marburg, donde fundaron un hospital en el que ella trabajó, cuidando a los pobres y leprosos, hasta su muerte en 1231 a la edad de 24 años. Isabel fue influida por San Francisco y quería, como Clara, seguir su ejemplo. Pero a causa de su género, ni la una ni la otra lograron hacerlo de una manera directa, que es decir, predicando y mendigando como los frailes varones. Clara se hizo monja de clausura bajo la dirección de los frailes y tuvo que practicar y defender la pobreza evangélica de una forma más teorética dentro de los confines de San Damiano. A Isabel también le habría gustado hacerse monja, pero las circunstancias de su vida no lo permitieron. En cambio su forma de franciscanismo femenino consistió en una vida ascética dedicada a la ayuda directa de los pobres y leprosos. Cuanto más sabía sobre ella, más me interesaba, sobre todo por lo que mostraba sobre las posibilidades de las mujeres dentro del marco franciscano.

En 2004-5, recibí una beca que me permitió una excedencia para dedicarme a una traducción y un estudio de todas las fuentes conectadas al proceso de canonización de Isabel. Había esperado publicarlo en el año 2007, 800 años después de su nacimiento, pero ya me parece que va a tener que ser para celebrar el aniversario de su segundo cumpleaños.

La segunda senda de investigación alemana fue inspirada por la confluencia feliz de conocer a Riki y acordarme de unas cartas que mi tío me había adelantado hacía años. Él las había recibido de un hombre en New Jersey con el apellido <Wolf> que afirmó ser un primo distante; que su bisabuelo y el bisabuelo de mi tío, es decir mi bis-bisabuelo, eran hermanos. Con esas cartas vinieron fotocopias de otras cartas más viejas y escritas en alemán que contenían referencias a varios pueblos alemanes. Bueno, con la ayuda de Riki, empecé a escribir a la iglesia luterana de cada pueblo mencionado en las cartas y por fin nos tocó el gordo: una respuesta de la archivera aficionada de Plochingen, un pueblo pequeño cerca de Stuttgart, con unas fotocopias de las páginas pertinentes del antiguo <libro de familias> de Plochingen, dibujando mi línea paterna hacia atrás hasta 1740, cuando mi bis-bis-

bis-bis-bis-bis abuelo Johann Jakob Wolf compró la mitad de un molino en Plochingen. Afortunadamente, o mejor, por la intervención de santa <Serendipity>, esa carta dorada llegó una semana antes de nuestro segundo viaje a Alemania para investigar las imágenes de Santa Isabel en Marburg. Tan pronto como cumplimos esas tareas oficiales, fuimos directamente a Plochingen, conocimos a la archivera, y confirmamos todo sobre mi familia. Dar un paseo por las calles de Plochingen fue una experiencia más emocional de lo que yo había pensado antes de llegar. Por un rato aún pensaba en cambiar el foco de mis investigaciones hasta la historia social de Alemania en los siglos XVIII y XIX para dar <carne> de contexto histórico a ese esqueleto genealógico de nombres y datos. Pero habría sido demasiado, aún para un nómada intelectual como yo. Sin embargo, al volver a California, tomé tres clases consecutivas de alemán, al lado de mis propios estudiantes, con ganas de adelantar mis investigaciones genealógicas. El resultado? Ni un libro ni un articulo, sino un website con una historia larga y detallada de esa rama de la familia Wolf con fotos, mapas, y textos sacados de los archivos de Alemania y de los EEUU. Es el producto de un historiador aficionado que, por casualidad, es historiador profesional, y me ha dado mucha satisfacción durante años. Es así para muchos de nosotros, los americanos. Los abuelos vienen, esperando borrar todos los vestigios de sus pasados, y los nietos hacen todo esperando recuperarlos.

V.

Y qué pasó con España? ¿Fue solo un capricho pasajero que, como una cerilla, se encendió y se quemó dejando solo una estela torcida de humo? Pues, no. Os admito que fui seducido por Alemania y su historia por un rato. La verdad es que soy hincha de la cerveza, que me encanta un paisaje así de verde, y que hay ventajas de viajar a un país donde parezco uno de ellos (por lo menos hasta que abro la boca). Pero me di cuenta por fin de que esos eran solo matices y en realidad no contaban por nada en comparación a la vida española. Sí, Alemania tiene sus *Kneipen* y *Biergärten* pero aún con su cerveza divina no son bares <cristianos>.

Faltando un tema de investigación que me llevara a España, no era tan fácil realizar ese evasivo cuarto viaje a vuestra península. Pero por fin, cuando menos se esperaba y por la intervención obvia de nuestra señora de Serendipity, la nueva directora de nuestra oficina de <alumni> me llamó un día para pedirme acompañar un grupo de antiguos alumnos a España en la primavera de 1999.

Un desvío: En los EEUU, las universidades y <colleges> privados intentan mantener contacto con sus estudiantes ya licenciados a lo largo de sus vidas profesionales, porque los antiguos alumnos son los donantes más prometedores y las universidades y <colleges> privados dependen de donaciones particulares para sobrevivir. Resulta que una estrategia efectiva para mantener estos enlaces entre los antiguos alumnos y su <alma mater> es organizar viajes especiales con contenido intelectual que les recuerdan sus amados años estudiantiles. Normalmente se escoge para acompañarlos un profesor cuya especialidad refleja el foco del viaje; por ejemplo un experto de Faulkner para un viaje en barco a lo largo del río Mississippi, o un astrónomo para ir con un grupo a Zimbabwe para ver un

eclipse solar total desde el punto más propicio para verlo. El profesor no paga; solo da charlas un día sí, otro no.

Bueno, el camino de Santiago era el eje de mi viaje, organizado por un inglés que se llamaba Peter Watson que estaba haciendo viajes así para los antiguos alumnos de Stanford. No podía creerlo. No solo se trataba de una oportunidad de volver a España, sino experimentarla a un nivel nuevo. Acostumbrado a alojarme en los hostales de una estrella o menos, buscando los menús del día más económicos, la idea de ver los paradores desde adentro, pues…. Además Peter tenía fama de saber mucho de las cocinas regionales de la península y aún más de sus vinos.

Ese viaje, en la primavera de 1999, forjó una amistad muy fuerte entre Peter y yo. Resultaba que las ponencias que yo había preparado para las salas de cenar cabían perfectamente al lado de las charlitas más concretas que él daba *in situ* en los monumentos. Fuera de eso, trabajamos juntos como una maquina bien lubricada (como decimos en inglés) para asegurar que todos los viajeros (la mayor parte de ellos jubilados con más de 65 años de edad) lo pasaran estupendamente. Los viajes de Peter suelen ser viajes de caminar (es su marca registrada) y cada día caminábamos por el camino de Santiago por unas 4 horas, antes de parar en un sitio bonito y predeterminado, donde sus asistentes, dos andaluzas de Grazalema donde Peter tenía un piso, nos habían preparado la comida en plan de picnic con queso, jamón, salchichón, pan, aceituna, fruta, vino, y algo de postre, todos productos de la zona concreta en que estábamos en ese momento. Al comer y echar una siesta bajo los árboles, subíamos al autobús para el viajecito al próximo parador. Después de descansar y explorar el pueblo, nos reuníamos para la charla y la cena. A las 11 todos los viajeros se acostaban para recuperar su energía para el día siguiente. Todos salvo Peter y yo, que aprovechábamos la oportunidad para ir de copas. Aunque nos costaba más levantarnos para reunir el rebaño para desayunar, nos dio la oportunidad de conocernos y planificar, no solo el día siguiente, sino el *viaje* siguiente. Desde 1999, hemos hecho dos excursiones más a España:

- Una de ellas nos llevó a Andalucía durante la semana santa de 2003, cuando exploramos los pueblos blancos y caminamos por las sendas del parque de Grazalema. Fue la primera y la única vez que estuve en España durante la semana santa y ahora os digo que es mucho más difícil disfrutar las pascuas descafeinadas de los EEUU.

- La otra, hace un año, se enfocó en Extremadura, visitando todo que tenía algo que ver con Colón y los conquistadores que lo siguieron a América, incluso los palacios renacentistas de Trujillo y Cáceres. En dos palabras: genial (genial).

Y todavía nos quedan más, ahora que Peter está diseñando excursiones a medida, teniendo presentes mis propias especialidades académicas, para que podamos seguir trabajando juntos cada tres años. La próxima? Un viaje a Umbria, para seguir en la huellas de San Francisco. Y sin duda algún día iremos a Sicilia para considerar los vestigios de la civilización Normanda.

Viajar con los grupos de antiguos estudiantes ha sido para mí un placer enorme, pero tiene sus limitaciones. Aprendí muy pronto que la vida española que echaba de menos era la vida del bar, más que nada la vida de los bares medio cutres con las colillas y servilletas arrugadas en el suelo. Por eso durante esas excursiones tenía que escapar de vez en cuando para conseguir mi dosis diaria de la vida normal, y resultaba que la hora más propicia para desvíos así era la hora de desayunar. Bueno, una vez en Grazalema, al salir del hotel, topé con una de mi grupo que quería acompañarme. Fuimos al bar Rumores donde le enseñé a pedir un café con leche, un mollete de Antequera tostado con aceite, y una copita de guindas para la espuela. Rodeados de trabajadores—los únicos despiertos a esa hora—si no nos sentimos completamente aceptados, por lo menos no nos sentimos rechazados. Ningún de ellos podría adivinar que ella era la mujer de uno de los católicos más poderosos en Los Ángeles, responsable de reunir el dinero para la catedral nueva de esa ciudad, la catedral fabulosa diseñada por el architecto español, Rafael Moneo.

El año 1999 no solo me dio la oportunidad de hacerme peregrino a Santiago sino evaluador de un programa de estudios extranjeros a que mandamos nuestros estudiantes cada año; concretamente el programa de IES-Salamanca. La oficina central en Chicago constituyó un equipo pequeño de evaluadores con distintas especialidades y nos encargaron la tarea feliz de hacernos expertos en las experiencias de nuestros estudiantes en Salamanca. Fue una semana maravillosa. Durante los días, iba a la aulas para experimentar, por la primera vez en mi vida, las asignaturas universitarias de España. Por la noche, me encontraba bajo el reloj, esperando a un grupo de estudiantes americanos. Mis <entrevistas> duraban hasta las 3 de la madrugada y me llevaban a la mayor parte de los bares de Salamanca, incluso esa maldita chupitería no muy lejos de esa estatua de mi viejo amigo Unamuno que me miraba como si quisiera advertirme. Fue una oportunidad dorada para volver a hacerme estudiante e imaginarme matriculado en una universidad extranjera, una puerta por la cual desafortunadamente no había pasado cuando tuve 20 años.

Hablando de puertas, durante esa estancia en Salamanca pasé por la puerta de una aula en San Isidro para observar una asignatura dada por una historiadora que se llamaba Guadalupe Martín. Esa experiencia se destacó de las otras no solo por la calidad de la instrucción sino por la bondad de la profesora. Al agradecerle la oportunidad de observar, me invitó a una copita. Mientras charlamos, saboreando el Ribera del Duero que había insistido en pedir, supe que ella era la mujer de un catedrático de historia medieval que se llamaba José María Mínguez, cuyos libros adornaban las estanterías de mi propio despacho en Pomona! Pura <serendipity>. No fue posible conocerlo en esa ocasión porque estaba de viaje pero ya sabía que volvería algún día.

La oportunidad de volver a Salamanca no se presentó hasta abril de 2003, cuando volví para la segunda excursión española con Peter, la de los pueblos blancos de Andalucía. Yo había abierto un hueco de una semana y media antes del viaje para hacer una vuelta por España con mi hija, que tenía 14 años. Había hecho lo mismo con mi hijo antes de esa peregrinación de lujo a Santiago en 1999 y lo habíamos

pasado muy bien. Pero por fin Ellie no pudo acompañarme y me encontré con tiempo de sobra, una bendición disfrazada que me permitió pasar unos días inesperados en Salamanca. Mandé un email a Guadalupe, a ver si se acordaba de mí. <¿Hombre? ¿como podía olvidarme de ti, un medievalista americano tan alto con pendiente y coleta?!>, respondió ella y por fin conocí a su marido. En resumidas cuentas, nos llevamos estupendamente. Desde entonces Salamanca se ha sido una parada fija cada vez que vengo; y he venido muchas veces desde 2003. En caso de no haber ninguna tarea oficial, invitaría a algún miembro de la familia para un viaje corto que incluía Madrid y Salamanca. En marzo del 2004, fue mi mujer Riki, en plan de luna de miel; el año siguiente, mi hermano Ricardo, que casi no había salido de los EEUU; en octubre del mismo año, mi hija Ellie (¡por fin!), que dominó muy pronto los ritmos de la vida estudiantil de Salamanca, gracias a unos alumnos de Pomona que la adoptaron y la acompañaron por dos noches inolvidables, dos noches que sembraron las semillas para su propia experiencia de <study abroad> en 2008-9. Toca madera.

El viaje con Riki en 2004 fue el más memorable; de él todavía llevo imágenes que casi me obsesionan. Al subir al avión para Madrid en Atlanta la tarde del día 12 de marzo, las azafatas estaban distribuyendo copias de *El País* y nos encontramos boquiabiertos mirando a los titulares y las fotos con referencia al atentado. Cuando aterrizamos la mañana siguiente, fuimos directamente a la estación de Atocha y pasamos horas y horas entre esa muchedumbre triste, absorbiendo y compartiendo su dolor. El día siguiente estuvimos en el puerta de Sol cuando el pueblo español decepcionado rechazó el gobierno de Aznar. La mañana siguiente, el lunes, cogimos el cercanía para Alcalá de Henares, la misma línea en que viajaba los víctimas del jueves anterior, y al arrancar el tren, vimos a un lado uno de los carros destruidos, cubierto en parte por una lona. El domingo siguiente, participamos en las manifestaciones del aniversario de la invasión estadounidense de Iraq. Nos habíamos preguntado en el avión si habíamos escogido mal las fechas para nuestra luna de miel en Madrid. Pero muy pronto nos dimos cuenta de que no queríamos estar en ningún otro sitio esa semana. Ese viaje más que ningún otro me enseño la importancia de España en mi vida. Y me ayudó a entender las diferencias entre ella y los EEUU. El contraste entre la reacción española al 11-3 y la reacción estadounidense a 11-9 era muy agudo. La vuestra resultó en la caída de Aznar; la nuestra, en la subida de Bush. La vuestra terminó su participación en una guerra; la nuestra allanó el camino para la invasión de dos países. La vuestra llenó todas las plazas de gente; la nuestra encendió todos los televisores pero dejaron las calles vacías.

Dado todo esto, ¿como podía resistir el impulso para volver a cambiar el rumbo de mis investigaciones hacia el puerto <España>?

El primer pasito en ese sentido fue extender mi investigación de los santos de la pobreza—como Francisco e Isabel--a España, donde me encontré con el patrón mismo de Madrid, San Isidro labrador; Escribí un artículo sobre el para una colección de estudios dedicados a mi amigo John Williams cuando se jubiló. También traduje la vida—tal como es--y los milagros de Isidro, aunque todavía vive en el ordenador esperando su liberación.

El segundo paso, un paso más decisivo, fue aceptar una invitación asistir un simposio en Granada el fin del junio pasado. Hacía unos años, los jefes de IES me habían invitado a su sede en Chicago para consultar sobre la creación de un programa nuevo en Granada y les había recomendado un currículo enfocado concretamente en la historia y la actualidad de las relaciones entre los cristianos y los musulmanes de España. Ese simposio, co-patrocinado por la universidad de Granada y la fundación euro-árabe, se organizó en parte para celebrar el fin del primer año de existencia del mismo programa. Me invitaron a dar una ponencia sobre el tema de las relaciones entre cristianos y musulmanes y yo, sin tener nada nuevo para ofrecer, decidí reflexionar un poco sobre la idea de *convivencia* y como era preciso tener presente los contextos que la hicieron posible, contextos muy concretos, frágiles, y a veces no muy nobles. Era una charla informal de no más de 20 minutos, pero produjo una reacción positiva entre los participantes y recibí invitaciones para hablar del mismo tema en el futuro. La más importante de ellas va a llevarme a South Carolina en octubre para dar una conferencia dirigida a un congreso regional de medievalistas.

Otra señal de Dios? No sé. Solo sé que el momento en que vuelva a California, voy a echarme en el campo que dejé ya hace muchos años. Pero no pararé con esa conferencia en South Carolina. Tan pronto como acabe con los últimos toques al libro sobre Isabel de Hungría, voy a cumplir la promesa que hice a un cura-historiador hace 25 años y empezar a traducir las obras de Eulogio al inglés. Pero tampoco voy a conformarme más con un público puramente anglófono. Con ganas de abrir la posibilidad para un diálogo con mis homólogos españoles, estoy colaborando con una profesora que conocí en el simposio en Granada, Concha González Badía Fraga, para traducir una versión actualizada de mi libro sobre Eulogio. Es mi esperanza que este proyecto sirva para crear el marco para otras colaboraciones y así pueda participar en las conversaciones sobre el significado del Islam en España en el pasado, el presente, y el futuro. Y si esas conversaciones desbordan las aulas de la facultad de historia y fluye a los bares, si se hacen charlas que no cesan sin que sólo se aplazan, pues, muy bien.

Y nada, no me queda más que reflexionar un poquito a lo largo de las cuatro lecciones a ver si hay algo de sabiduría que podéis llevar con vosotros mientras que consideráis vuestras propias carreras profesionales. Temo que no haya mucho dado el hecho de que cada historia personal tiene que ser en gran parte *sui generis*, prestándose poco a otras aplicaciones. Además al fin y al cabo, soy un bicho raro y por definición, los bichos raros no tienen mucho en común con los bichos normales como vosotros. Pero quizás hay algunos consejos que se pueden destilar de mis propias experiencias idiosincrásicas. Los ofrezco a cada uno de vosotros a su propio riesgo. C*um grano salis*.

- primero: la curiosidad y la creatividad vale más que la formación. Hay libros para compensar para una falta de formación. Pero no hay libros para compensar para una falta de curiosidad o creatividad.

- segundo: la curiosidad y la creatividad no valen nada sin la disciplina para llevarlas a cabo. Los historiadores más alegres son los que saben reconocer proyectos que pueden sostener su interés hasta que se acaban y un poco más.

- tercero: hay que tener un rumbo, pero no hay que mantener el mismo rumbo toda la vida. Eres demasiado joven para comprometerte con un rumbo sin la posibilidad reconsiderarlo. Todos somos demasiado jóvenes para hacer eso.

- cuarto: si tu campo de investigación te llama a otro país, hazlo otro foco de tus investigaciones aficionadas. Ábrete a cosas nuevas. Traga saliva y preséntate a alguien nuevo. Tales riesgos son las semillas imprescindibles de una cosecha abundante de amistades internacionales.

- quinto: la vida académica es como un pasillo con muchas puertas de oportunidad. Cuando abre una puerta, pasa. No pasar es arriesgarte a que no te abran más. Es un principio físico que tiene algo que ver con el momento o la inercia o algo así.

    - corolario al quinto: no te hace falta más de una puerta abierta a la vez. Tener demasiadas opciones puede ser una maldición disfrazada. No seas glotón.

- sexto: ten respecto por tus profesores y por tus estudiantes como si fueran tus padres y tus hijos, porque en el mundo académico, lo son.

- sétimo: aún si no crees en el *karma*, vive como si gobernara el mundo de las relaciones interpersonales. No importa a quien devuelves un acto de bondad. Solo que se lo devuelves a alguien.

- octavo: aún si no crees en <serendipity> en este momento, vive como si gobernara tu vida profesional, porque algún día cuando tu mires hacia atrás, vas a reconocer su artesanía y admirarla.

- noveno: no puedes controlar lo que a ti te sucede; solo lo que haces con lo que a ti te sucede. Cuando la vida te da limones, haz limonada.

No sé cómo agradeceros esta oportunidad compartir algo de mi vida contigo. Ya he inscrito vuestros nombres en la lista larga de los españoles que me han dado la bienvenida, cada uno en su propia manera. Esa lista contiene a aquellos con los que he forjado relaciones impermeables a los efectos del tiempo, como José María y Guadalupe, la familia Donapatry, Los Goiricelaya, Julio y Juanita, Concha y Rosana, Gabi y Miqui, y tal y cual. Pero contiene también a aquellos cuyos nombres nunca supe, como la ama de llaves gallega en el tren desde Paris hasta la frontera que insistió en compartir sus bananas conmigo, la gitana joven que invité a comer conmigo en la ribera del río Tormes la primera vez que vine a Salamanca, y cada señor que me cogió el codo para guiarme cuando le pedí su ayuda para orientarme.

Todos ellos me recibieron y aceptaron de una manera u otra, a pesar de mi altura, mi pinta, y mi uso <creativo> del idioma.

Además quiero agradeceros el darme la oportunidad de celebrar no solo el 25 aniversario de mi primer viaje a España sino el 50 aniversario de mi nacimiento. Es que hoy mismo, el primer día de junio del año 2007, cumplo y me habéis hecho un regalo que no voy a olvidar nunca. Hablando de <serendipity>….

Muchísimas gracias.